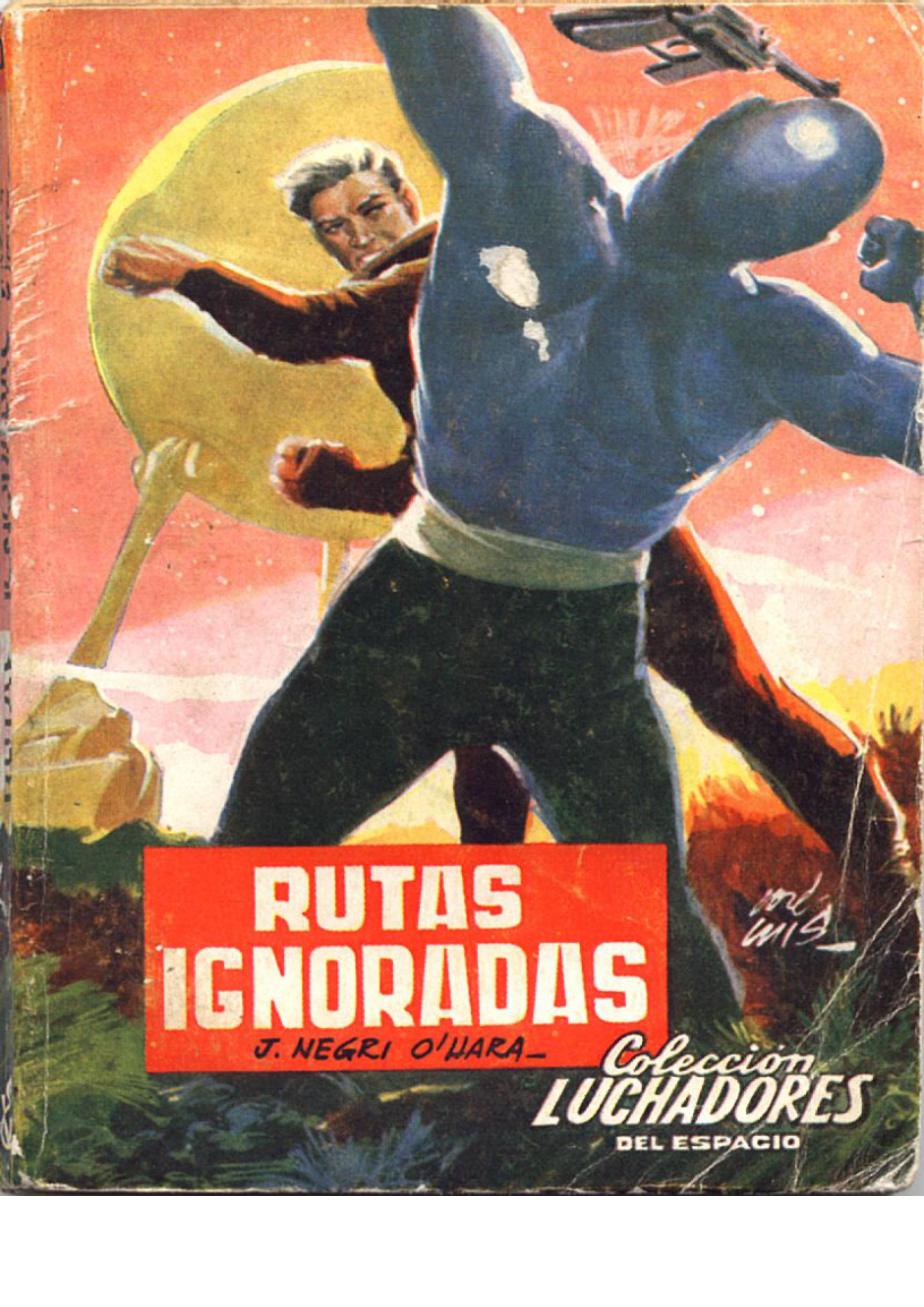
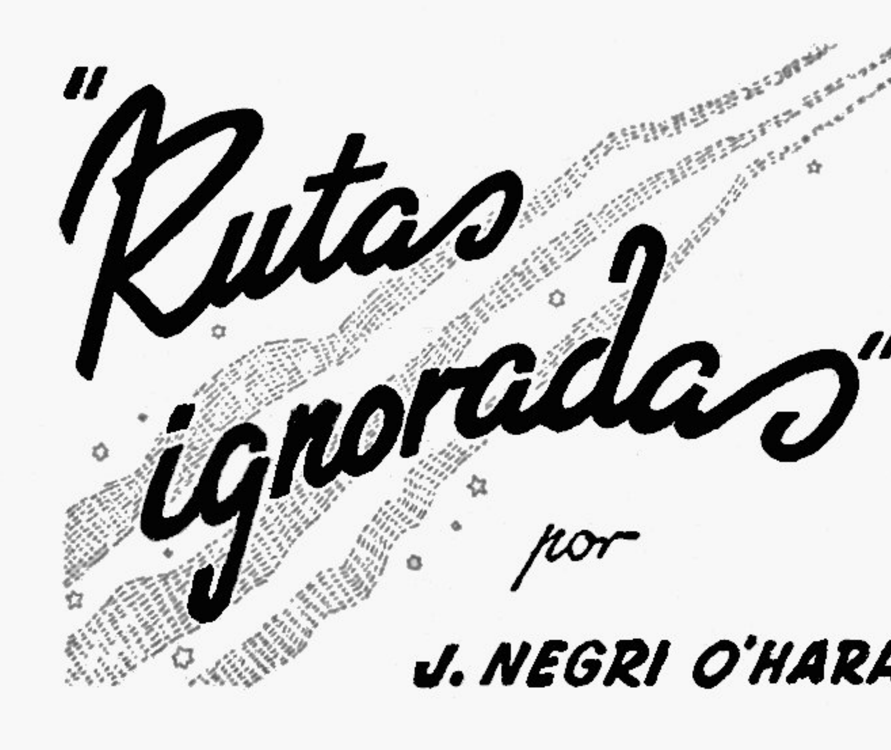

RUTAS IGNORADAS
J. NEGRI O'HARA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


J. NEGRI O'HARA
RUTAS IGNORADAS
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO
Alarma

Al terminar de hablar Henry Crawford, un gran silencio pareció invadir la amplia sala. Solamente el aparato regenerador de aire y el minúsculo grabador de sonidos dejaban oír su leve y monótono zumbido.

Los rostros de los doce hombres que ocupaban asientos alrededor de la alargada mesa, incluido el propio Crawford, mostraban la gravedad del momento.

Nadie parecía atreverse a romper aquella opresora sensación de angustia.

Fue el nervioso Kioulos, propietario de los yacimientos terrestres de pechblenda, quien primero reaccionó.

Dio una larga chupada al cigarro que fumaba y expelió pausadamente el humo. La anticuada costumbre de fumar aún causaba placer al magnate. Luego, con lentitud, sacudió el cigarro en el cenicero de bronce. Todos pudieron ver el ligero temblor de su mano al hacerlo.

-Y bien -inició, queriendo dar a su voz una tranquila entonación-; lo que acabamos de oír no es más que una exposición de los hechos. ¿Podemos confiar en tener conocimiento también de las medidas que haya adoptado como director supremo de la Organización?

Todas las miradas quedaron fijas en Crawford, quien, ante la interpelación, respondió rápidamente:

-Tienen perfecto derecho a ello.

Volvióse ligeramente hacia el hombre que se hallaba sentado a su derecha, y le rogó:

-¿Quiere dar esa explicación, Mikelsom?

Dirigiéndose seguidamente a los componentes de aquella asamblea, aclaró:

-Como saben, Mikelsom fue nombrado comandante jefe de nuestra flota de transportes. A él incumbía, por tanto, iniciar las medidas. Escúchenle, por favor.

Mikelsom era hombre de rostro enérgico y firme mirada. Sus plateados cabellos prestábanle mayor arrogancia a su figura. Habló con firmeza y laconismo, sabiendo el interés con que eran esperadas sus palabras.

-En el transcurso de poco tiempo -comenzó diciendo- dos de nuestras naves de carga no llegaron a su destino. Ordené que se realizaran vuelos de

exploración por las rutas seguidas, sin resultado alguno. Ello, no obstante, no constituía motivo de alarma, por cuanto estas pérdidas son irremediables y las tenemos previstas. Pero, últimamente, estas desapariciones se han venido sucediendo con una frecuencia y regularidad altamente sospechosas. Alcanzan un porcentaje de un tercio exactamente.

Hubo gestos de alarma en los oyentes. Mikelsom continuó:

-A pesar de los esfuerzos del director por silenciar estos accidentes, lo cierto es que han llegado en parte al dominio público y ha empezado a cundir el pánico. Las líneas de viajeros están quedando prácticamente desiertas. No he escatimado esfuerzo alguno y he puesto en juego todos los elementos de. qua dispongo para aclarar este enigma. Todo ha sido inútil hasta ahora.

Tomó un ligero descanso antes de continuar.

-Ya se lo he comunicado a Crawford -prosiguió-. Me doy por vencido. Más de dos centenares de experimentados pilotos espaciales han desaparecido sin dejar rastro. Cientos de naves, de carga en su mayoría, se han esfumado en pleno vuelo como el humo. Las centrales de mundos lejanos acusan la falta de metales y provisiones que reciben escasamente. Ha habido conatos de motín. Igual ocurre con las centrales establecidas en los otros planetas y estaciones artificiales... Lamento, señores, presentar mi dimisión en tan graves momentos. Tan sólo continuaría en este puesto con un pleno voto de confianza.

Nadie pronunció una palabra. Por primera vez, desde que ocupaba el cargo, mostró Mikelsom hallarse deprimido.

Henry Crawford, imperturbable, lanzó una fría mirada al grupo de hombres anhelantes.

-No es eso todo -anunció-. Aún queda lo que tiene que decir Nicoi Sejov, jefe de la flota de exploración y protección.

El rostro enjuto de Sejov se animó al llegarle su turno. Con tajantes palabras puso de manifiesto la imposibilidad de aclarar aquel misterio.

Explicó detalladamente sus esfuerzos y los de sus hombres para asegurar las rutas interestelares del poderoso *trust* de transportes. Habló de los últimos mensajes recibidos de las naves en vuelo antes de desaparecer, y dio cuenta también de la cadena de relevos que estableció entre los aparatos de protección para escoltar parte de la ruta a los transportes.

Resultado: las naves continuaron desapareciendo, y con ellas los cohetes de escolta tripulados por expertos pilotos a sus órdenes. En definitiva, un terrible fracaso de catastróficas consecuencias para el potente *trust* T.G. (Transportes Galácticos).

Tras las palabras de Sejov, una evidencia de hundimiento apoderóse de la mente de aquellos magnates terráqueos. Quedaba la única esperanza de la Central de los Mundos Cercanos, cuyas expediciones no habían sufrido reveses. Mas resultaría costosísimo establecer la base general en aquel punto, quedando, sin embargo, la incógnita de si con ello se conseguiría seguridad absoluta. De no ser así...

Crawford pareció recrearse en el estupor de todos. Al fin, con toda calma, expuso su plan.

-He tratado por todos los medios a mi alcance evitar que cundiera el pánico -aseguró, y su mirada quedó detenida malignamente en el rostro de Kioulos, crispado amargamente-. No lo he conseguido. Creo firmemente, y ya he obrado en ese sentido, que el único camino razonable que nos queda es dar cuenta al Departamento de las Fuerzas Militares Terrestres para que nos preste su colaboración.

-¿Y por qué no se hizo antes? -indagó débilmente Kioulos. Era el más perjudicado de todos ellos. La uranita era el producto terráqueo mejor cotizado en la galaxia.

-Por !a razón de que no quisimos hacerlo hasta estar completamente seguros.

-¿Seguros de qué? -preguntó rápidamente Sharkey, el magnate del

acero.

-De que eran provocados premeditadamente -afirmó, rotundo, Crawford.

Una exclamación casi unánime de asombro y estupor brotó del grupo.

-Así es, en efecto -confirmó Sejov-. Efectuada una concienzuda investigación se ha comprobado que solo sufren estos... accidentes -recalcó con intención- las naves que transportan uranita.

Al oír aquella aseveración, levantóse con viveza Leblanc, el hombre a cuyo mandato quedaría paralizada la producción mundial de plomo.

-Suponemos tener derecho, como principales accionistas, a que sea algo más explícito, Crawford -dijo con voz estridente. Las palabras le salían atropelladas.

-Calma, señores -recomendó Crawford-. Sería largo de explicar, y todos los antecedentes e investigaciones están a su disposición, así como las grabaciones de cuanto se ha hablado de este desagradable asunto antes de que llegara a conocimiento de todos.

-En definitiva, ¿qué postura adoptará para defender nuestros intereses? -indagó una voz.

El control de los nervios pareció haberse perdido en aquella asamblea sobreexcitada. Todos bullían en sus asientos como si se hallaran sobre alfileres.

-Exactamente. Eso es lo que queremos saber.

-Se ha esperado demasiado tiempo.

-La culpa es de...

Cada cual atacaba por un iado. Aquellos hombres que dirigían las

actividades industríales más importantes de la Tierra estaban sumidos en honda desesperación.

-Es la ruina.

-El fracaso de tanto esfuerzo...

-¡Silencio! -tronó la voz de Crawford con inusitado tono autoritario. Luego, más apaciblemente-: ¡Por favor, señores! No perdamos la calma. Espero seguir contando con la confianza de todos. El Consejo Mundial me honró con este cargo de director y no estoy dispuesto a defraudarlo. Y quiero hacer saber que no es éste el momento de culpar a nadie, ni para hablar de dimisiones -miró significativamente a Mikelsom-. Así pues, cada uno obrará según le corresponda para la mejor solución de este problema.

En aquel momento, una pequeña lámpara situada en el centro de la mesa parpadeó repetidamente. Crawford presionó en uno de los resortes alineados en un lateral del sillón que ocupaba, y la puerta descorrióse suavemente.

Penetró un hombre que le habló en voz queda unos instantes.

-Gracias, Dennis -dijo, finalmente, Crawford-. Tenga la bondad de hacerlo pasar cuando llegue.

Una vez salió el secretario, dirigióse Crawford a los reunidos, con el rostro animado por una amplia sonrisa.

-Señores -manifestó-; he sido informado de que acaba de llegar a este edificio el oficial superior Gregor O'Kerty, de la Armada Interestelar Terrestre y Jefe Supremo de Investigación, para ser informado y proceder en consecuencia.

-Luego ¿ya se había solicitado la colaboración de la Armada? -aventuró Sharkey.

-En efecto -asintió Crawford-. Con objeto de no hacerles perder

tiempo, me permití ayer sostener una conversación por nuestro canal privado de televisión con el Jefe del Departamento. Le mostré gráficos de itinerarios y de rutas en las cuales se supone desaparecen las naves. O'Kerty viene, pues, convenientemente informado. Solamente nos hará algunas preguntas y nos dará instrucciones sobre la forma en que hemos de actuar de acuerdo con ellos. Y hemos de seguir esas instrucciones por el bien de todos.

Instantes después hacía su entrada en el salón el hombre de más brillante historial en la Armada terrestre. El mismo que hizo posible el establecimiento de la red de pequeñas estaciones espaciales que envolvían la Tierra en una invisible maraña de canales de televisión. El hombre audaz que exploró, posteriormente, las inhóspitas y terribles planicies de los Mundos Cercanos.

Y cuando salió de aquella entrevista, ya estaba en germen la idea que habría de proporcionar la más emocionante y extraña aventura de su vida a un hombre que se hallaba ajeno a todo a varios miles de millas de aquel lugar.

CAPÍTULO II

Un hombre-máquina

Desde que Fred Barton fue llamado urgentemente por el Departamento de la Armada, no había tenido un momento de reposo, de lo que se lamentaba interiormente.

Sin duda era su trabajo. Pero para un hombre que disfruta un período de descanso en las soleadas islas del Pacífico, con objeto de *desadaptarse*, la orden de incorporación, antes de cumplir el tiempo concedido, no iba a ser recibida con expresiones de alegría.

Aún quedaba en su piel un ligero tono amarillento. En la anterior misión que desempeñó habíase *adaptado* a la personalidad de un hombre de raza amarilla.

Fred utilizó su pequeño aero-bólido para trasladarse. Y cuando se halló frente a O'Kerty y éste le expuso brevemente la misión a que le destinaba, todos sus nervios tensáronsele como al atleta preparado en la línea de salida.

El espíritu de hombre de acción que vivía dentro de él, y para lo que había sido instruido, quedó instantáneamente despierto. Ya no existía en su disciplinada mente otro afán que aquél. Quedaron sepultadas en las capas interiores de su cerebro cualesquiera otras sensaciones que le animaran.

Sí, en efecto, así era. Fred lo reconocía sin amargura, como un hecho consumado y lógico. Los hombres pertenecientes a la Sección Mundial de Investigación habían de ser así.

Aún recordaba con claridad los años de preparación. Fueron preparaciones científicas y metódicas de rnuchachos de corta edad especialmente seleccionados. Y no todos servían después...

Recordó, con sonrisa irónica, la ola de protestas de los decadentes hombres que aún se aferraban a las viejas ideas, al ser comunicadas las experiencias seguidas. Tacharon de infrahumanos los métodos que aplicaban a

los jóvenes para borrar de su cerebro todo recuerdo anterior a su ingreso. Incluso protestaron rabiosamente cuando tuvieron conocimiento de que les atrofiaban los centros cerebrales generadores de afectos sentimentales. *Hombres-máquinas*. Así los denominaron.

Mas triunfó el Consejo Mundial, integrado por hombres que monopolizaban la totalidad de la producción terrestre. Fueron barridos los conceptos de científicos extravagantes, humanistas ridículos y teóricos de anticuadas doctrinas.

Y allí estaban ellos; los agentes de investigación, los *hombres-máquinas*, los *sin familia*... Cierto que ninguno de ellos tenía noción de quiénes fueran sus padres, de su raza, ni del lugar en que nacieron. *Nacieron* realmente en los laboratorios del Consejo Mundial, sin familia ni afectos pasados. Eran *ciudadanos del mundo*. Pero ciudadanos marcados, ciudadanos sin sentimientos.

* * *

El tiempo no contaba para los hombres de investigación cuando de cumplir una misión se trataba.

Naturalmente, Fred no pensó en absoluto en el que tardó en grabar en su cerebro, tras continuadas sesiones, todo aquel cúmulo de itinerarios, claves, instrucciones, decisiones a adoptar...

Al fin, un día se halló en la pista de despegue de la T.G. para realizar un viaje al Límite de los Seis Mundos, bajo la personalidad de técnico químico.

La pigmentación de su piel había sido cambiada a color moreno, e incluso sus ojos y cabellos eran ahora de distinto color. Una apariencia más de acuerdo con él. Aunque, en realidad, le era indiferente ser adaptado a blanco, negro o amarillo.

Sabía que la T.G. seguía sufriendo pérdidas en su flota, sin acusar los golpes según instrucciones de O'Kerty. Y también estaba informado de que

entre los pasajeros iría un hombre de investigación, cuya misión sería pasiva, dispuesto únicamente a prestarle ayuda cuando las circunstancias lo exigieran, y Fred debía obedecer sus instrucciones. Era inútil tratar de identificarlo.

Soportó pacientemente las operaciones de reconocimiento de valija. Mientras éstas se deslizaban automáticamente ante los detectores que acusarían cualquier infracción, echó una distraída mirada a los que habrían de ser sus compañeros de viaje. Veinte en total. La nave era de carga mixta; así pues, el número de viajeros era muy reducido.

Excepto los pertenecientes a Mundos Cercanos, el resto eran técnicos. Fred retenía una detallada ficha mental de cada uno de ellos.

Dos estaban observando curiosamente la doble hilera de pupilas fotoeléctricas que, como sabuesos, parecían acechar el paso de las valijas. Su misión era la de denunciar la menor partícula de cobre, plomo o tungsteno que fuera oculta en ellas. Los únicos metales vedados. Contrabando perseguido implacablemente, como Fred había estudiado lo fueran en otro tiempo lejano los diamantes.

Tres parejas de los Mundos Cercanos comunicábanse animadamente. Fred los miró con indiferencia. Aquellos seres iban adaptándose lentamente a las mejoras técnicas terrestres. Junto a ellos reposaban las cajas de metal transparente que mostraban las diez cápsulas conteniendo sus repugnantes críos, incubados artificialmente.

Un hombre se acercó en aquel momento al lugar en que se hallaba Fred. Iba abstraído en la contemplación de una revista grabada. Las figuras movíanse en la pequeña pantalla que sostenía en la palma de la mano, en tanto una voz de tonalidad metálica daba las explicaciones.

Mentalmente lo identificó Fred: Doctor psíquico de un importante *trust.* Al vibrar ruidosamente un detector, volvióse sobresaltado.

Mientras uno de los futuros viajeros trataba de explicar al encargado del registro las razones de llevar en su valija una minúscula bujía de filamento

metálico, que dio lugar al zumbido, el hombre dirigióse a Fred, con sonrisa tranquilizadora.

-No es corriente oír al detector -dijo-. Este viaje me tiene los nervios deshechos.

-Debe tomar un comprimido -recomendóle Fred indiferente.

-Ya lo he hecho -afirmó el otro. Evidentemente, tenía deseos de entablar conversación-. Pero, aun así, no he conseguido calmarlos...

El megáfono le interrumpió.

-Retiren, por favor, los concentrados. La nave partirá en breve -anunció la voz gangosa.

Instantes después, Fred dejábase conducir a la nave por el camino automático. Había dado comienzo la gran aventura.

* * *

-¿Todo a punto? -inquirió el Comandante-piloto al entrar el último hombre.

Y a continuación, ajustándose los auriculares *y* haciendo funcionar el diminuto micrófono de laringe, ordenó con voz monótona:

-Fijen los pilotos automáticos. Itinerario ZZV. Contacto.

Esperó unos segundos y agregó:

-Cabina de control. Dispuesto.

La estación de control actuó de inmediato, y la nave *Cyril,* de la T.G., despegó en silencio como una exhalación, rumbo a la Línea de los Seis Mundos.

* * *

Las cabinas de los pasajeros estaban situadas en semicírculo y, frente a ellas, se hallaba instalado el instrumental de dirección de vuelo.

Nada complicado. Los controles automáticos mantenían la dirección. Un piloto de servicio, vigilando los mandos de rectificación y deriva, era más que suficiente.

Fred salió de la cabina que le habían destinado. Hasta ahora, la travesía iba realizándose normalmente. Acababa de ingerir tres concentrados alimenticios de su equipo particular arrojando otros, tres de los suministrados por la T.G., en el tubo desintegrador instalado en la cabina. Ahora se hallaba dispuesto para recibir la sesión de ondas que suministrarían a su organismo la benéfica influencia similar a los rayos solares.

No necesitaba recordar las instrucciones recibidas. Eran elementales para hombres como los de investigación, facultados para recordar, frase por frase y gesto por gesto, cualquier conversación ininterrumpida entre quince o veinte personas.

-¿Preparado para las ondas? -le preguntó amablemente el piloto de servicio.

-Así es.

Acercóse reposadamente al cuadro de mandos y le lanzó una distraída mirada.

La placa circular de itinerarios mostraba los luminosos puntitos que se sucedían y marcaban el avance de la nave. Eran minúsculos puntos de pueril apariencia, mas Fred sabía que cada uno de ellos indicaba un avance de centenares de miles de millas en el espacio. El trazo en rojo, señalado en el aro que enmarcaba a la placa, marcaba indefectiblemente el lugar de destino, en funciones de brújula. Y los puntos sucedíanse con rapidez a su encuentro. El aro indicador era de *litanio X*, el metal indeformable antimagnético, resistente a cualquier temperatura. Producto genuino de uno de los Seis Mundos.

-Estoy deseoso de encontrarme allá -manifestó Fred.

-¿Algo urgente? -preguntó cortésmente el piloto, accionando en un mando de rectificación.

-En realidad, no; ya sabe los rumores que circulan respecto a la T.G. -insinuó. Todos sus sentidos estaban alertas.

-Absurdos por completo -le quiso tranquilizar el piloto-. Llevo algún tiempo al servicio de la T.G. y puedo asegurarle que no ocurre nada anormal.

-¿De veras? He oído decir, sin embargo, que ha habido accidentes en estas rutas.

-Son inevitables, pero no frecuentes. No tenga preocupación alguna y distráigase en la Cámara de Observación. Pronto entraremos en el pasillo de la Zona Negra. La vista del Espacio Letal es subyugadora.

-Gracias. Así lo haré.

Tras recibir la sesión de ondas, Fred dirigióse a la Cámara de Observación.

Los seres de los Mundos Cercanos comunicábanse ruidosamente entre sí, acercando sus pupilas a los tubos de luz polarizada. Todavía se asombraban del espectáculo exterior de las constelaciones.

Otros pasajeros conversaban con el Comandante-piloto. El jovial Tarken invitó con un gesto a Fred para que tomara asiento a su lado. Viajaba por cuenta de la Corporación Pamber al objeto de valorar la producción en el Límite de los Seis Mundos. El metal extraído de las plantaciones de *pamber* tenía múltiples aplicaciones en la Tierra.

Fred dejóse caer en el cómodo asiento. No le unía ningún sentimiento de amistad o simpatía hacia aquel hombre; ni hacia ningún otro, desde luego. Mas era con Tarken con el que más veces había conversado.

-Fíjese, Kolas -era el nombre adoptado por Fred-; un asco, un verdadero asco.

Y le mostraba la pequeñísima cápsula metálica de un periódico terrestre.

-Hasta el Consejo Supremo ampara descaradamente a Duldorf.

-¿De qué forma?

-Prohibiendo la utilización de los detectores de plomo en los Mundos Cercanos. En la Tierra no es posible extraer más cantidad de la que se extrae, y, en cambio, existen grandes posibilidades en los Mundos Cercanos...

-Todo tendrá solución -cortó Fred la verbosidad de Tarken-. Tenga en cuenta...

Y continuó una conversación anodina y mecánica, poniendo en acción la sub-capa cerebral de su inconsciente ejercitado para ello. Mientras tanto, prestaba atención en grabar mentalmente la conversación del otro grupo.

Lo hacían en el lenguaje directo. Hablaba el Comandante-piloto:

-Las últimas investigaciones realizadas en la zona media de los Seis Mundos han sido satisfactorias.

-¿En qué sentido? -quiso saber el profesor de hipnosis.

-En que existen braditas totalmente constituidos por cristalizaciones de torio.

-Gran suerte. ¿Quién será el afortunado explorador que los localice?

-¡Vaya a saber! Varios equipos de exploración tratan de localizar a esos valiosos pedruscos volantes.

-¿Por cuenta de quién? -intervino, aparentando inocencia, Memrod,

cuya actividad era piloto de cohetes.

-Es usted curioso, Memrod. ¿No lo adivina? -dijo festivamente el Comandante.

El aludido deslizó una mano por su mondo cráneo y arrugó el rostro con ostensible gesto pensativo.

-¿Tal vez Kioulos? -insinuó con aire cándido.

Los demás lanzaron carcajadas.

Mientras mantenía la conversación con Tarken, Fred sonrió interiormente también. De todos era sabido que únicamente Kioulos estaba autorizado. Nadie que no estuviese a sus órdenes podría realizar localizaciones de ese metal.

En aquel momento, el megáfono lanzó su periódico informe de vuelo:

-"Cabina de control. Tercera fracción del itinerario ZZV. Penetración normal en la Zona Negra. Espacio Letal visible con filtro amarillo".

El Comandante se disculpó y salió de la cámara. Fred comprendió el oculto mensaje que había recibido en el inocente informe de vuelo. El hombre de servicio informaba a su Comandante que la nave había penetrado en la zona peligrosa. Que había iniciado el trayecto de la etapa mortal. De aquella misma etapa desde la que otras naves lanzaron su postrer mensaje antes de desaparecer en los abismos siderales.

Su compañero Tarken terminó de hablar y se aproximó a las lentes de filtro amarillo para contemplar el exterior.

Fred consultó su crono-barómetro anular y marchó en dirección a las cabinas.

Su fría apariencia no dejaba traslucir emoción alguna; mas todo él vibraba como un muelle de acero presto a dispararse.

El momento de actuar era llegado.

CAPÍTULO III

La etapa mortal

Cuatro hombres de la dotación y el Comandante-piloto se hallaban junto al control de dirección al llegar Fred. Hablaban entre sí con cierta excitación, empleando el lenguaje en clave de la T.G.

Otros pasajeros aproximáronse con Fred a examinar curiosamente los aparatos. No les era dable comprender lo que hablaban los pilotos, excepto Fred, conocedor de la clave. Sin embargo, no mostró señales de estar atento a lo que hablaban.

-"Lance mensaje de situación cada cien segundos -ordenaba el Comandante-, Mantenga el contacto ininterrumpidamente".

-"Así lo haré -afirmó el piloto de servicio-. ¿Caso de anormalidad...?"

La pregunta quedó flotando como un sombrío presagio.

-"Comuníquemela al instante. Y, al menor síntoma, desconecte los pilotos automáticos y tome los mandos personalmente. ¿Algo más?"

-"Nada, señor; excepto que..." -el rostro del piloto denunciaba su preocupación.

-"Continúe" -apremió el Comandante.

-"Pues..., que si no considera conveniente que el servicio se haga por parejas. Así resultaría más difícil el que cualquier anomalía pasara inadvertida".

-"De acuerdo. Quédese con él, Bansio".

De improviso, algo penetró en el cerebro de Fred produciéndole la tan conocida sensación de débil descarga eléctrica. *Alguien* trataba de comunicar con él telepáticamente. Sería inútil tratar de saber quién era. Ni observando los rostros Fred lo sabría, y por ello ni lo pensó.

Ejecutó la concentración adecuada y dispuso su psique para establecer comunicación. Le llegó en reflejos de décimo grado, los utilizados por Investigación.

-"Observe placa itinerario. Observe placa itinerario".

No quiso Fred denunciarse con ningún movimiento. Tan inidentificables mutuamente debían ser el que transmitía como el que recibía.

Permaneció en la misma actitud, cambiando frases con el hombre que estaba junto a él. Pero había podido adoptar la postura conveniente.

-"Observe placa itinerario" -seguía llegándole el reflejo.

Al penetrar en su cabina, aseguró el cierre interior. Hizo accionar y extenderse el sillón plegable empotrado en un testero y, antes de tomar asiento en él, recogió su estuche de instrumental.

Cuidadosamente extrajo la minúscula foto-cámara oculta en el cierre metálico del cinturón que le ceñía, y desenrolló la micro-cinta que impresionó hacía un instante frente a la placa itinerario.

Al cabo de un rato, fatigado, dejó a un lado la lente especial y volvió la cinta a su alojamiento.

-Nada -murmuró, desalentado-. No consigo descubrir nada. Mi cerebro está fatigado. Necesitó descansar.

Quedó pensativo unos segundos, mas movió la cabeza apesadumbrado.

-Es inútil -musitó-. No coordino con nitidez.

Posó un brazo en el sostén lateral del sillón y sus dedos acariciaron maquinalmente el interruptor. Dormiría. Dos horas serían suficientes.

Al tacto graduó el disco. Reclinó la cabeza en el cómodo alojamiento del respaldo. Los acolchados electrodos moviéronse automáticamente, acoplándose a las sienes.

Con un suspiro de satisfacción, Fred presionó el mecanismo y su rostro fue relajándose plácidamente al inundarle el cerebro las ondas generadoras del sueño.

Durmió dos horas exactamente. Al despertar, sintióse reconfortado. Consultó el reloj anular y tomó seguidamente unos concentrados. Aún le martilleaba en el subconsciente el extraño mensaje. “Observe placa itinerario”.

Volvió de nuevo a la ardua tarea de observar con lente la microfoto. Empeño inútil. ¿Qué mil centellas le ocurría a su cerebro? ¿Y qué tendría de extraño aquella maldita placa? Todo lo veía en orden. Las distancias, las coordenadas, la graduación de los puntos cercanos al Límite...

Tomó una decisión repentina. Entablaría conversación con los pilotos y observaría de cerca el original de la fotocopia. No lo hizo antes por temor a ser identificado por el otro psique que le transmitió el mensaje.

Aun ahora, correría ese riesgo. Y los hombres de investigación no podían exponerse a ese albur. Debían ser conocidos nada más que por el Jefe Supremo.

Fred recordó el castigo a los inhábiles que dejaran el más pequeño dato para ser identificados: “El agente que sea identificado como tal en el desempeño de una misión, sufrirá la anulación total de reflejos cerebrales, y posterior reeducación para ser destinado a trabajos inferiores”.

Las minas submarinas, con luz, atmósfera y alimentación artificiales, aniquilaban a un hombre en corto tiempo. Y aquéllos eran los trabajos inferiores. Automatismo. *Hombres-máquinas.* Lo que fue tan combatido cuando la rebelión de los científicos. “No hombres para las máquinas, sino máquinas para los hombres” -dijeron. Y fueron exterminados por el Consejo

Supremo.

Bien; aquello pertenecía al pasado. Ahora le urgía obrar con rapidez. Arrojó en el tubo desintegrador la foto-cinta y adaptó en la córnea de su ojo derecho la imperceptible lente para micro-visión. Salió a la sala semicircular.

Dos pilotos atendían los mandos. Fred acercóse a ellos y cambió algunas frases sin importancia. Y fue en aquel instante cuando cruzó por su mente una fugaz sensación.

Fue algo indescriptible. Un reflejo rapidísimo de algo olvidado; más bien, de algo que *no encajaba perfectamente.* Una sensación parecida a la que se experimenta adviniéndonos que se ha olvidado algo sin saber qué es.

Mas Fred estaba convenientemente instruido para el minucioso recuerdo. Trasladó su mente al instante en que recibió por primera vez el mensaje telepático. Analizó meticulosamente cuantos actos conscientes realizó y, finalmente, hubo de reprimir un sobresalto. ¡Eso era! ¡El reloj anular!

Volvió a examinarlo con disimulo. El aro de *litanio X* que lo enmarcaba había sufrido hacía tiempo un golpe. Quedó una microscópica huella en el metal, y Fred, familiarizado con ella, sabía que coincidía exactamente con el grado veinte. Ahora, la pequeña señal estaba situada en el grado sesenta. No quiso dar crédito a sus ojos. El aro estaba fijo y, prácticamente, inmóvil. A menos que se hiciera girar adrede.

Dirigió la vista a la placa itinerario de la nave. Cerró un ojo y miró intensamente a través de la lente acoplada. Varios segundos permaneció atento. ¡Estaba sobre la pista!

El aro móvil que, a manera de brújula espacial, marcaba los finales de ruta, y en el que aparecía en rojo el Límite de los Seis Mundos, sufría un lentísimo, microscópico movimiento hacia la derecha, no obstante sus normales oscilaciones. Ello no resultaba extraordinariamente sorpresivo, en realidad. Los pilotos de servicio accionaban en los mandos rectificando la

dirección de los puntitos luminosos hacia aquel otro trazo en rojo que los orientaba.

Mas, si la misión del aro itinerario era la de girar señalando la dirección correcta, no sucedía así con el aro del reloj anular que debía estar inmóvil. Y, pese a ello, ambos aros giraban con movimiento sincronizado.

¡La nave estaba siendo desviada de su ruta! Una fuerza magnética desconocida actuaba sobre el *litanio X*.

Fred calculó instantáneamente. Un giro de cuarenta grados suponía una notable desviación a la derecha. La nave, pues, se dirigía recta a otro punto distinto al Límite. ¡Y este punto se hallaba en el Espacio Letal!

Lanzó el mensaje psíquico desesperadamente. Fuese quien fuese el otro, lo recibiría.

-"Nave desviada. Ruta falsa". "Nave desviada. Ruta falsa".

Lo repitió insistentemente. Los segundos podrían ser de vital importancia. Su inconsciente, entretanto, le hacía hablar con los pilotos.

Al cabo, le llegó la sorprendente orden:

-"No actuar". "No actuar". Segundos después:

-"Misión investigar. No evitar". "Investigar; no evitar".

En aquel momento llegaba el Comandante con los nombres del relevo. Antes de retirarse, aún percibió Fred las últimas instrucciones.

-"Esperar. Debe esperar" -le repetían.

Abrió la compuerta del pasillo que conducía a la Cámara de Observación, y avanzó por él asaltado por sombríos presentimientos.

CAPÍTULO IV
META SINIESTRA

Todo sobrevino rápidamente. La *Cyril* volaba por el Espacio Letal a una velocidad un tercio inferior a la de la luz.

El Comandante y los hombres de la dotación quedaron horrorizados al cerciorarse de ello. Los controles y células electroautomáticos dejaron de funcionar, y ahora no eran más que unos náufragos del espacio.

Una fuerza desconocida y poderosa parecía succionarles a los insondables abismos. Resultó estéril tratar de ocultarlo. Los pasajeros, espantados, elevaban sus voces en airadas e injustificadas protestas. Mas, en el fondo de todo ello, fácilmente adivinábase su terror animal, salvaje, ante la espantosa e ignorada muerte.

Escasos hombres, entre ellos Fred, se ofrecieron al Comandante para colaborar en aquello que considerara útil. Los habitantes de los Mundos Cercanos se hallaban recluidos en sus cámaras y atronaban el ámbito con su ulular quejumbroso.

-No es más que una avería -trataba de tranquilizar a todos el Comandante. El trémolo de su voz desmentía la afirmación-. Será localizada y todo volverá a normalizarse.

Con desesperación intentaba convencerlos. Mas ni él mismo lo estaba. Podían considerarse perdidos.

-No cese de enviar mensajes -ordenó por el micrófono de laringe al hombre encargado de ello-. Comunique que estamos sin control fuera de ruta. Comuníquelo constantemente.

Fred percibía el tono angustioso de aquella voz. Tenía la convicción absoluta de que ninguno de aquellos mensajes llegarían a su destino. Igual que las otras naves desaparecidas. “Itinerario ZZV. Normalidad”. Y después, nada. La desaparición y el misterio más absoluto.

Ahora estaba él viviendo las alucinantes circunstancias de aquellas desapariciones. Otros hombres las vivieron antes que él y habían desaparecido. Pero no pertenecían a Investigación.

-Colóquense los trajes espaciales de emergencia -ordenó el Comandante-, y concéntrense en la cámara de Mandos.

Volviéndose hacia uno de los pilotos, agregó rápidamente:

-Haga reunirse a todos en esta cámara y cierre los accesos.

El piloto regresó a los pocos instantes. Habló en la clave de la T.G.

-"La *Cyril* aparece envuelta en un halo luminiscente blanquísimo, Comandante".

-"¿Opinión del radiometrista?"

-"Se halla desorientado, señor. Dice que es un fenómeno desconocido".

-"¿Qué acusa la célula espectroscópica?"

-"Escasa cantidad de torio. El resto, material desconocido".

El Comandante fue a situarse ante el cuadro, haciendo funcionar el *oro celular* que le iría mostrando el espacio exterior.

Fugaces trazos fosfóricos de cuerpos siderales, imposibles de identificar, surcaron la pantalla. Y al fondo, tan sólo la impenetrable, la espantosa oscuridad abismal.

Alguien tocó en un brazo a Fred. Era el profesor de hipnosis.

-¿Qué opina de esto, Kolas? -quiso informarse, utilizando el lenguaje directo.

No mostraba hallarse atemorizado. El traje espacial, sin el casco,

dábale una grotesca apariencia en su delgadez.

-Nada puedo opinar -respondió Fred-. Sin embargo, el Comandante ha asegurado...

-Tonterías. Trata en último extremo de tranquilizarse él mismo; pero salta a la vista que no puede conseguirlo.

-Es probable. Usted, en cambio, no parece muy afectado, Bardom.

-Se asombraría si pudiera medir mi espanto -replicó el profesor, con irónica sonrisa-. Mas ¿qué hacer? Estamos perdidos. Irremisiblemente perdidos, Kolas.

-¿Por qué lo dice? -intervino otro pasajero con gesto asustado. La mano que sostenía el casco le temblaba perceptiblemente-. Quedan algunas probabilidades. El Comandante así lo opina.

Tarken y dos hombres más se unieron al grupo.

-De acuerdo -decía en aquel momento Bardom-. Sí ello le consuela, créalo. Mi opinión es distinta.

-Pero usted no debía hablar así -insistió el hombre, prendiendo de un brazo al profesor. Hablaba con excitación-. No tiene derecho a ello. Es deprimente.

-Tómelo como quiera -cortó duramente Bardom-. Si teme perder la vida y con ella su para mí despreciable situación, eso no es culpa mía. Suelte el brazo -agregó, dando un brusco tirón-. Y, sépalo de una vez. Pertenece usted a un grupo al que desprecio y no pienso malgastar mis facultades en hacerle sentirse optimista.

-Pero, yo... -balbuceó, confuso, el aludido. Trémulo, miró a todos, y se retiró con pasos vacilantes.

Fred miró con insistente fijeza a Bardom.

-¿Adivinación? -le preguntó.

-Es un hombre sin espíritu -opinó éste, sin responder directamente a la pregunta-. Venía con la pretensión de que le obsequiara con una sesión de hipnosis. Tal vez lo haga con todos ellos, así serán más soportables.

Señaló disimuladamente al resto de los viajeros, agrupados silenciosamente y mirando como fascinados los cuadros de mando, como si de ellos pudiera brotar la salvación.

"Éste parece ser el grupo más templado" -pensó Fred, mirando a los cuatro hombres que estaban junto a él.

-Entonces -reanudó el diálogo, aparentando indiferencia-, ¿puede actuar en subconscientes no predispuestos?

-Compruebo que no desconoce las dificultades que ofrece -reconoció complacido, el profesor Barsom-. Pues bien, puedo hacerlo.

Y clavó su mirada en Fred con cierto envanecimiento.

-¿Y a distancia? -insistió éste.

-Es formidable, Kolas -aseguró Tarken, interviniendo en la conversación. Embutido en el traje espacial y con el mondo cráneo, semejaba a una gigantesca libélula sin alas-. A los pocos días de travesía, desde la sala de Observación, consiguió que el Comandante, que se hallaba en su cámara, notase la sensación de una picadura de insecto en el cuello. Asombroso, se lo aseguro.

-¿Y lo consiguió? Fred lanzó la pregunta como al desaire, pero hallábase intranquilizado.

-Plenamente. Minutos después el propio Comandante nos lo explicaba. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

La risa de Tarken produjo como una convulsión en el otro grupo de atemorizados pasajeros, que dirigieron sus miradas unánimemente hacia él. Tarken se sintió cohibido al principio.

-¡Al diablo con ellos! -murmuró apagadamente-. Son incapaces de ocultar su miedo.

De súbito, brotó un intenso resplandor de los controles de mando. Simultáneo con ello, la nave quedó sumida en la oscuridad al tiempo que la voz del Comandante, en tono espantosamente desgarrado, gritó:

-¡A la cámara de seguridad! ¡Sálvese quien pueda!

Por instinto, Fred saító a oscuras hacia el orificio salvador. Notó un rudo empellón en la espalda que lo arrojó violentamente contra la pared metálica del fondo. Llegaban hasta él los gritos y el tumulto de los que trataban de hallar la entrada desde el exterior.

A costa de grandes esfuerzos logró colocarse el casco de seguridad, y ello le impidió percibir el ruido. Accionó entonces el micrófono exterior y continuó oyendo.

La primera impresión al aspirar el *aire funcional*, contenido en los recipientes del casco, fue la de una insoportable opresión en el pecho, hasta que llegó a normalizarse.

A continuación le invadió una irreprimible sensación de náuseas. Ahora eran atrozmente perceptibles los alocados movimientos de la *Cyril*. Probablemente giraría como una peonza en el espacio, falta de los mandos que la controlaban. Incluso los generadores magnéticos, que suministraban al interior de la nave las ondas equivalentes a la gravedad terrestre, habían cesado de funcionar. Fred notábase zarandeado y maltratado, como insecto encerrado en un tubo de materia transparente, y agitado después.

Un hiriente silbido, en crescendo monstruoso e insoportable, sacudió sus tímpanos dolorosamente. Presionó el botón que le aislaría del exterior. Imposible. Aquel silbido persistía, anulándolo todo. Atravesaba el casco, el

traje espacial... ¡todo!

Era atroz... Espantoso... Estaba haciéndole perder la razón... ¡Oh, dolor...! ¡Le volvería loco...! ¿Qué era...?

Antes de perder la noción de todo, notó, como un autómata, la violenta, terrible sacudida, y, al ser lanzado como un proyectil al tiempo de resquebrajarse la nave como cáscara de huevo, Fred vislumbró por unas décimas de segundo, a la tenue claridad que penetró del exterior, el amasijo de cuerpos destrozados y vigas retorcidas que le rodeaba. Y también vio... ¡Cielos! ¡No era posible! ¡Su cerebro estaba trastornado! ¡Aquella espantosa bestia...! ¡No! ¡No podía existir...!

Entonces, Fred se desplomó de bruces, privado del conocimiento.

Una pesada niebla, espesa y blanca, comenzó a introducirse por la destrozada armazón de la *Cyril*, inundándolo todo.

Y era su avance lento y alucinante, como si se tratara de un horrible reptil de cien cuerpos que estuviera adueñándose de la nave.

CAPÍTULO V
LOS DUEÑOS DE UN MUNDO

Una espesa niebla, como adherente, fue lo primero que vio Fred al volver en sí. Blanca, con la blancura impoluta de la nieve recién caída.

Estaba como agazapada en el interior de los restos de la *Cyril*. Cubría parcialmente los cuerpos de sus infortunados compañeros y el suyo propio, extendiéndose como una tupida alfombra.

Con gran esfuerzo, trató Fred de incorporarse. No lo consiguió plenamente, y quedó de rodillas. La mano izquierda le pesaba como el plomo. Más aún, el brazo entero parecía estar rígido y con una extraña sensación de pesadez. Con la mano derecha lo palpó desde el hombro a través del traje espacial. No había fractura de hueso; además, hubiera sido extraordinario el que la hubiera, pues no sentía dolor alguno, sólo rigidez.

Caminando a gatas y evitando las punzantes aristas de los metales destrozados, consiguió llegar al macabro montón de los que fueron pasajeros de la nave. Extremó sus cuidados; sería fatal que sufriera alguna desgarradura en el traje. No tenía idea de la atmósfera que pudiera reinar en el exterior, y ésta podría ser mortal.

Ello le recordó, por extraña asociación de ideas, que la pistola de rayos gamma la conservaba en el traje interior. Prácticamente se hallaba desarmado. Y el termo-barómetro del reloj anular también quedaba oculto por el guante, sin poderle indicar ningún dato del exterior. Estaba viviendo, pues, artificialmente.

Tanto el aire como la temperatura interior del traje espacial tenían un límite. Fred no podía calcular el tiempo que aún le quedaba de actividad a los generadores, pues desconocía cuanto tiempo estuvo sin conocimiento.

Decidió actuar con rapidez, por si le era posible hallar alguna posibilidad de vida antes del instante fatal en que los generadores cesaran de funcionar.

Valiéndose sólo del brazo útil consiguió identificar a algunos de los pasajeros. Salvo los que sufrieron heridas mortales, había una mayoría, sin embargo, que no habían sufrido herida alguna. Pero en sus trajes espaciales aparecían desgarraduras o bien mostraban sus cabezas al descubierto, sin haber tenido tiempo tal vez de colocarse el casco. Sus rostros desencajados y la trágica rigidez de sus posturas eran evidentes muestras de su rápida y cruel agonía.

"Atmósfera irrespirable"-pensó Fred. El cuerpo de uno de los pilotos quedaba junto a él. Lo palpó, comprobando que presentaba una dureza pétrea. Mostraba en el traje una desgarradura producida por algún filo cortante, que también había interesado al traje interior. A través de la rotura, Fred descubrió la roja empuñadura de una pistola de rayos gamma.

Apoderóse de ella con premura. Reconoció el estado de las pilas y las cápsulas de condensación, quedando satisfecho del resultado.

Urgíale salir de allí y efectuar un reconocimiento del extraño lugar en que se hallaba. Pero aquel ligero optimismo que le prestaba el arma empuñada, le hizo olvidar algo importante.

Aún hallábase de rodillas y, al tratar nuevamente de incorporarse, notó, espantado, que le era imposible. ¡El brazo izquierdo no se lo permitía! ¡Su propio brazo!

Es decir, que cuando esforzábase en quedar de pie, el brazo no le secundaba, por hallarse la mano adherida fuertemente a la blanca niebla del fondo.

Un leve movimiento en el hacinamiento de cadáveres desvió su atención. Una figura poníase trabajosamente en pie y miraba a su alrededor. Fred reconoció el rostro del Comandante a través del casco que lo cubría.

Le hizo señas desde el lugar en que se hallaba. El Comandante avanzó sorteando los trozos metálicos con sumo cuidado. Era evidente que también había llegado a la conclusión de Fred respecto a la atmósfera exterior.

-¿Sufre alguna herida? -quiso saber, solícitamente, hablando por el emisor interior del casco.

Fred lo oyó perfectamente. Habló a su vez:

-No. ¿Hay alguien más con vida?

-Ha sido horrible -opinó el Comandante. Y agregó con horror- ¡Cuatro supervivientes hemos quedado...!

-¿Ha dicho cuatro? -saltó Fred-. ¿Quiénes son?

-Usted y yo. Tarken y Bardom también se hallan vivos, aunque magullados. ¡Es espantoso!

-Intente ayudarme, Comandante. Este brazo... no sé qué mil rayos le sucede que no puedo moverlo.

-¿Lo tendrá fracturado?

-Nada de eso; ya lo he comprobado.

Inútilmente trató el Comandante de auxiliarle. Viendo la esterilidad del esfuerzo, Fred le habló rápidamente:

-No insista; déjelo ya. Es imprescindible que realice una salida. Hágalo solo o con los otros dos, si pueden seguirle. Creo que si esta niebla desapareciera quedaría mi brazo...

-¡Cielos! ¿Cómo no lo pensó antes? ¡El reloj anular! É era el que motivaba aquel fenómeno. El *litanio X* era atraído fuertemente por la masa gaseosa, y motivaba la inmovilidad del brazo.

Una gran desesperación apoderóse de Fred. Su mente buscaba vertiginosamente una solución a aquella incógnita.

Ya se aproximaba el Comandante en unión del profesor de hipnosis,

ambos ayudando a caminar al maltrecho Tarken.

Y en aquel momento, rápido, con chasquido de alambre de acero que se rompe, el brazo de Fred quedó liberado de la invisible fuerza que lo atenazaba.

Ahogando una exclamación de asombro, Fred observó como la niebla se desvanecía como por encanto, al tiempo que a sus oídos llegaba un vibrar sonoro, continuado y agudo, como el producido por una dinamo en funcionamiento.

* * *

Los cuatro supervivientes de la *Cyril* caminaban ahora fatigosamente a través del abrupto paisaje de aquel mundo ignorado.

La estructura de éste, total, absoluta, era de mineral cristalizado. Cristalizaciones de sistema triangular peligrosísimas para ellos, por el riesgo mortal que supondría una caída o un resbalón. Ya habían podido darse cuenta de la rigidez de los cadáveres que tenían los trajes espaciales rasgados, cuando los registraron para proveerse de armas.

Tarken apoyábase en sus compañeros para caminar, y eran evidentes sus dolorosos esfuerzos para conseguirlo.

Marchaban sin cambiar palabra. Ansiosa, desesperadamente. Con la lejana esperanza de hallar algo. Y temiendo a cada instante que los generadores dejasen de funcionar negándoles su hálito vital.

Todo cuanto abarcaban sus miradas era estéril. Esterilidad total, de mundo fenecido. Una luminosidad fosfórica, sin halo, parecía inundarlo todo. Brotaba del suelo mismo, y, desde luego, no era reflejo de lejanos soles.

Bardom así lo hizo observar, y agregó:

-Así deben ser los parajes infernales. Jamás pude imaginar nada más estéril.

-Estéril no es la palabra exacta, Bardom -puntualizó Tarken con voz esforzada-. Bajo el concepto terrestre, sí. Pero nada hay estéril en el Universo.

-¡Bonita ocasión para una polémica! -objetó, malhumorado, Fred. Los otros tres pudieron percibir su enfado a través de sus micro-receptores-. Lo que interesa ahora más que nada es avanzar más de prisa. Esta extensión parece no tener fin.

-¿Para qué andar más? -preguntó Tarken con voz desanimada-. Déjenme solo y continúen. Da igual morir aquí que allá.

-¡Cállese la boca! -ordenó Fred. Alguien tenía que tomar el mando del grupo. Y él no consultó con nadie para hacerlo- Usted, Comandante, es más fuerte que Bardom; continúe ayudando a Tarken. Nosotros vamos a adelantarnos para explorar el terreno.

Sin esperar su aprobación, emprendió una rápida pero prudente marcha. Bardom le seguía.

Pronto perdieron de vista a sus compañeros. Mas aquellos desiertos parajes, espantosamente monótonos, continuaron impenetrables a todo atisbo de esperanza de vida. Promontorios tras promontorios de cristalizaciones se sucedían desesperanzadores.

Fred recordó la fugaz visión que tuvo, antes de caer desvanecido, de aquella horrible bestia asomándose curiosamente al interior de los restos de la *Cyril*. Desvarío, tal vez. Cuando creyó verla, su mente ya estaba al borde de hundirse en las tinieblas. Aquel mundo de pesadilla no podía albergar más que cristalizaciones, cristalizaciones...

Con un esfuerzo mental sobrehumano consiguió dominar las sensaciones de impotencia y desesperación que le asaltaban. Adelante. Mientras les quedara un soplo de vida debían seguir adelante. Les esperaría la muerte dondequiera que fuesen, pero lo que era cierto, con la contundencia de los hechos fatales, es que allí, en aquel lugar que pisaban, no podrían vivir en absoluto.

*   *   *

Ahora emprendieron la difícil tarea de contornear una especie de loma. Ayudábanse con las manos enguantadas, viendo a sus espaldas la poco profunda cañada que, no obstante, supondría la muerte para ellos caso de resbalar.

Al rodearla con éxito, Fred miró ante sí. ¡Nada! La misma extensión árida y alucinante. Mas... ¡No era posible! ¡NO ERA POSIBLE!

Miró angustiadamente a Bardom y le señaló aquel punto. Sus ojos parecían implorar del otro que no negara; que no le hiciera comprender que allí no le hiciera nada. Porque, entonces, Fred tendría la evidencia de que su cerebro había enloquecido.

Pero lo que vio en el rostro de Bardom, a través del transparente, hizo acelerar con fuerza los latidos de su corazón.

Porque lo que sus ojos vieron, y Bardom confirmaba con sus gestos, eran dos seres vivos que se movían al pie de un extraño cohete espacial, y que en aquel momento miraban en la dirección en que ellos se encontraban, agitando los brazos.

-¡Seres vivos! ¡Hay seres vivos!-resonó en el casco la ronca y emocionada voz de Bardom.

-Seres vivos, sí -asintió Fred-. ¡Tal vez nos salven!

Sin saber cómo, se encontró abrazado efusivamente por Bardom. Y, cuando éste gritaba con voz enronquecida: “¡Salvados! ¡Estamos salvados!”, Fred no conseguía explicarse por qué aquel hombre tenía los ojos inundados por lágrimas de agradecimiento.

Es que él, Fred, pertenecía a Investigación, del Consejo Mundial.

*   *   *

A medida que iba marchando al encuentro de los desconocidos, Fred observó la actitud de alerta que adoptaban. Uno de ellos se acercó aún más al extraño aparato, en tanto que el otro empuñaba con firmeza un arma con la que los apuntaba.

También vestían trajes y cascos espaciales, y todo en ellos hacía imaginarlos seres humanos.

Ya los separaban escasas yardas, cuando Bardom, no pudiendo refrenar su nerviosismo, avanzó con más rapidez que Fred.

El individuo armado dio un paso atrás y del arma que empuñaba brotó como una lengüeta de fuego azulado. Unos pasos delante de Bardom saltó como un surtidor de espuma que, al disiparse instantáneamente, dejó ver una especie de embudo con ennegrecidos bordes.

-¡Diablos!-oyó Fred como murmuraba Bardom, detenido en seco-. Estos individuos no son nada amistosos.

Pese a que ambos iban armados, no pasó por la imaginación de Fred hacer uso de las pistolas.

El hombre que acababa de disparar efectuó una clara señal indicándoles que arrojaran las armas.

Lo hicieron sin dilación, y entonces vieron cómo se les aproximaba con ciertas precauciones. El otro compañero le cubría entretanto con su arma.

Al quedar a escasa distancia pudo Fred contemplarle a placer. El casco metálico dejaba ver el rostro a través de un óvalo transparente. Se trataba de un hombre de raza blanca, de una edad aproximada a la de Fred. Joven y alto, su rostro, no obstante, estaba adornado con una corta barba puntiaguda. Miró fijamente a los dos hombres que tenía enfrente y recogió las pistolas sin mostrar curiosidad por ellas.

Luego, realizando una perfecta señal terrestre de que lo siguieran,

marchó en dirección al aparato. Su otro compañero era de mayor edad. Cabellos encanecidos y rostro barbudo surcado de arrugas, pese a lo cual su aspecto resultaba vigoroso. Los ojos, algo sobresalientes, indicaron a Fred que usaba lentes acoplados a. las córneas, con una notable cantidad de dioptrías.

Viéndolos llegar, el de más edad ejerció presión en un botón lateral del artefacto aéreo, y la cúpula transparente que lo coronaba giró, descubriendo una abertura para pasar al interior. Penetró en ella e hizo señas para que le imitaran.

Entonces Fred trató de hacerse entender. Indicó con gestos suficientemente expresivos que aún quedaban tras ellos otros compañeros de la nave siniestrada, señalando vagamente la desolada extensión a sus espaldas.

Aquello pareció interesar vivamente al más joven, pues de inmediato intentó entenderse con Fred.

Sí. Eran dos más. Uno de ellos caminando con dificultad. Fred tuvo la seguridad de haber sido comprendido perfectamente ante el gesto de asentimiento del otro.

A continuación, vio como de la parte posterior del casco de aquel extraño personaje brotaba un eréctil vástago metálico, coronado por una pequeña esfera metálica. Le vio mover los labios unos segundos, como hablando con alguien que se hallase lejos de ellos, y terminó la charla abriendo la boca y demostrando estar haciendo los mismos esfuerzos que si estuviera lanzando un largo y ululante grito de llamada.

Después, los hizo entrar en el aparato y él mismo tomó asiento en su interior.

El artefacto era pequeño en su estructura. Sin embargo, mostraba una holgada cabida para cuatro personas. Dos más podrían acoplarse fácilmente y con cierta comodidad.

Frente a los mandos quedó sentado el hombre canoso, mientras su acompañante parecía vigilar a lo lejos con atención la llegada de alguien. Fred

supuso sería a sus compañeros Tarken y el Comandante.

De pronto, dio un respingo de estupor. Por la alucinante extensión que se abría ante él, corrían velozmente, como si se tratase de una bien cuidada pista, varias figuras monstruosas.

Seres deformes, de amplios, extraordinarios torsos, en los que aparecían incrustadas sus minúsculas cabezas, avanzaban a largas zancadas de sus desmesuradas piernas terminadas en un numeroso grupo de pequeños tentáculos, que parecían ejercer una función adherente y muelle en aquel caminar sobre las cristalizaciones de agudas aristas. Eran cuatro; mas dos de ellos cargaban sobre la espalda los cuerpos del Comandante y de Tarken.

Fred percibió el grito de horror emitido por Bardom, y se incorporó de repente dispuesto a intervenir si sus salvadores -¿podía denominarlos así?- no lo hacían.

Pero un movimiento tranquilizador del más joven frenó su ímpetu.

Los horrendos seres quedaron junto al aparato en una sorprendente actitud sumisa. Un vello espeso, hirsuto y crecido, cubríales casi por completo. Las cabezas eran de un tamaño tan reducido que Fred no dudó en clasificarlos mentalmente como microcéfalos. A través de la maraña de! vello, que les caía cubriéndolos, podía descubrirse el maligno reflejo de sus ojillos vivaces. La boca, puntiaguda, recordó a Fred vagamente la forma de un embudo.

A una orden del hombre más joven, inaudible para Fred, llevaron hasta la cabina los inanimados cuerpos que sostenían, y luego, con torpes y grotescos movimientos simiescos quedaron junto al aparato observándolo curiosamente, con una curiosidad casi infantil. Era su actitud la de perros hacia sus amos.

Fred reprimió un estremecimiento al ver que dos de ellos conservaban trozos de vestimenta de los desgraciados que quedaron en la *Cyril*. Una vez todos en el interior, excepto los seres peludos, el que estaba frente a los

mandos hizo cerrarse la compuerta transparente, y, sin más aviso, realizó varios movimientos en los resortes de los controles de vuelo.

Suavemente al principio, hasta adquirir después la velocidad de una centella, la nave espacial hundióse en la infinita lejanía del espacio cósmico.

Como una señal luminosa, dejó en las tinieblas la brillante curva de su estela azul.

CAPÍTULO VI
COLONIA NOVA

El proyectil de luz lanzado por la nave espacial estalló a distancia. Otro más, y otro. Finalmente, tomaba tierra con blanda sacudida.

No era Fred hombre que mostrara ostensiblemente su sorpresa. Sin embargo, esta vez no trató de ocultarla.

Tras el largo vuelo por rutas ignoradas, la llegada a aquel mundo lo dejó sorprendido. Los astronautas que los condujeron saltaron al exterior y ellos los imitaron.

El de cabellos blancos despojóse del casco e invitó a los cuatro terrícolas a que hicieran lo propio, mientras el más joven alejábase con paso elástico.

¡Aire respirable! Fred aspiró con ansia aquella vivificante brisa que hasta parecía traerles el resinoso aroma de los pinares terrestres.

-¡Oh, gracias a Dios! -exclamó Tarken respirando a pleno pulmón. Hasta pareció hallarse sano de sus magulladuras-. ¡Esto es vida! Tengo la sensación de hallarme en la vieja Tierra. El aire es igual...

-En efecto, señor -afirmó el anciano cortésmente, utilizando igualmente el lenguaje directo que empleó Tarken-. La presión y composición de esta atmósfera es idéntica a la de la Tierra.

La sorpresa dejó paralizados de estupor a los demás.

-¡Vaya! -exclamó, al fin, admirado el profesor Bardom.

Seguidamente, adoptando corteses maneras no exentas de ironía, dirigióse al desconocido.

-Permítame presentarme, señor... -dijo, con una inclinación-. Profesor Bardom, habitante de un mundo parecido a éste, por lo que veo.

Clavó fijamente su mirada en los ojos del otro y quedó como esperando réplica.

-Encantando -le replicó, en efecto, éste-. Mi nombre es Dorio, habitante de Nova. Y no se esfuerce, profesor -agregó, sonriendo, en tanto que le brillaba una chispa burlona en las pupilas-; estamos en condiciones de *bloquearnos* cuando tratan de sondear nuestras mentes con procedimientos hipnóticos de primeros grados.

-¿Cómo...? -tartamudeó Bardom, atónito.

-Dejemos eso, profesor, y no intente repetirlo; es inútil -atajóle Dorio plácidamente-. En cuanto a los demás, incluido usted naturalmente, profesor -le habló con reticencia-, les ruego me sigan. El profesor Ferrer nos está esperando.

-¿El profesor Ferrer? -preguntó Fred-. ¿Quién es?

-El hombre que dirige esta colonia.

-Perdóneme, señor Dorio. Estoy aturdido y no acabo de comprender. ¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo es que habla el lenguaje directo de la Tierra? ¿Y cómo es que usan nombres terráqueos?

-Muchas preguntas son, señor...

-Kolas. Fred Kolas,

-Bien, señor Kolas; trataré de responderle -el hombre que dijo llamarse Dorio parecía muy divertido-. En realidad, una sola respuesta es suficiente: somos terrícolas los hombres de esta colonia.

-¡Cómo! -saltó el Comandante-. ¿Nos hallamos, pues, en la Tierra? Entonces...

-No he dicho eso -interrumpióle Dorio-. He afirmado tan sólo que

somos seres terráqueos los primitivos habitantes de Nova.

-Esto es un jeroglífico -opinó Tarken a media voz, pasándose la enguantada mano por el glabro cráneo-. Mundos cristalizados, seres peludos, naves espaciales, y, por último, un viejo chiflado. ¿No puede ser algo más explícito, amigo? -preguntó en voz alta-. Le estamos agradecidos, a usted y a su amigo, por cuanto han hecho por nosotros, y deseamos también expresar nuestro reconocimiento a ese jefe de la colonia que nos acaba de mencionar. ¿Dijo que nos aguardaba?

La pregunta no estaba exenta de una leve burla, mas Dorio no pareció darse cuenta de ello.

-Exactamente a ustedes, no -fue la asombrosa respuesta-; sino a los supervivientes de la nave que habría de estrellarse.

-Entonces -aventuró Fred-, ¿tenía conocimiento de fa catástrofe antes de que ésta ocurriera? ¿Supo exactamente cuándo sobrevino?

Hubo tal vehemencia en la pregunta, que el vejete sonrió.

-No sea tan impulsivo, señor Kolas -recomendó-. Podríamos estar charlando durante muchas horas terrestres y no lograría explicárselo todo. Marchemos hacia la colonia. Tiempo habrá para explicaciones. Sepan únicamente que el profesor Ferrer sabía que la catástrofe se produciría desde el instante en que la nave penetró en la denominada Zona Negra.

-¿Antes de que ocurriera? -insistió Fred, incrédulo.

-Mucho antes, señor Kolas; mucho antes...

* * *

Caminaron tras los pasos de aquel hombre sin cambiar más palabras. Cada cual iba abstraído en sus desconcertados pensamientos. Fred tuvo la convicción de que iba a enfrentarse con la clave del enigma. Las desapariciones de las naves eran conocidas, antes de que ocurrieran, por un

hombre. Y este hombre, ya lo dijo Dorio, era el jefe de aquella extraña colonia situada en un mundo ignorado del Espacio Letal.

La incógnita, pues, tenía un nombre: profesor Ferrer.

Si a Fred le hubiesen dicho, al tiempo de embarcar en la *Cyril*, que habría de llegar a un mundo situado fuera de la ruta del Límite, y que allí sería conducido por un viejo astronauta ante un tal profesor Ferrer, habría reído a carcajadas ante tal fantasía.

Mas, si por añadidura, le hubieran también asegurado que este profesor habitaba en una rústica cabaña de troncos, rodeada por un bello jardín plantado de exóticas orquídeas, entonces habría prorrumpido en otra estrepitosa carcajada, para enmudecer después y mirar a quien tal le hubiese dicho, considerándolo un perturbado mental.

Y, en realidad, tal cosa había sucedido. Hallábase con sus compañeros contemplando la amplia cabaña y el jardín, en tanto que Dorio lanzaba sus jubilosos gritos de llamada.

-¡Profesor Ferrer! -gritaba-. ¡Aquí están los supervivientes! ¡Cuatro en total!

La puerta de la cabaña fue abierta desde dentro, y en su marco apareció... "¡Cielos!" -pensó Fred con sobresalto- "Aquél no podía ser el profesor". Quien se hallaba en el dintel era una linda joven de esbelto talle y hermoso porte. Los ojos, de inteligente mirada, quedaron fijos observando al grupo, sin atisbo alguno de sorpresa. Tras lo cual, penetró de nuevo en el inferior.

-Es la profesora Wanda, del gabinete de Análisis -les informó Dorio-. Ahora saldrá el profesor Ferrer.

En efecto, un hombre con bata blanca apareció en la puerta y avanzó hacia ellos con rápidos y firmes pasos.

Fred comprobó la vitalidad y energía que irradiaba aquel hombre ya

no joven, Era alto, enjuto pero de fuerte contextura. Una simple mirada a aquellas oscuras pupilas, confirmaron a Fred que se hallaba ante un hombre de férrea voluntad y extraordinaria personalidad.

El profesor cambió unas rápidas frases en voz baja con Dorio, tras lo cual llegóse hasta ellos.

-Sean bienvenidos a Nova. Lamento lo ocurrido a sus compañeros -dijo rápidamente-. ¿Tienen la amabilidad de seguirme? Un momento, por favor -quedó detenido y lanzó a todos una curiosa mirada-, ¿quién es el profesor Bardom?.

Éste se inclinó ligeramente.

-Celebro conocerle, profesor. ¿Practica la ciencia hipnótica? Me ha informado -señaló con la mano ligeramente a Dorio- que ha intentado usted influencias elementales con él.

-Soy profesor en ella -respondió Bardom con cierto énfasis.

-Es interesante saberlo. Dorio, quédese haciéndole compañía. Y puede mostrarle todo esto si le agrada al profesor. Discúlpeme.

Con rápido gesto, indicó a los restantes que le siguieran al interior de la cabaña.

CAPÍTULO VII
HOMBRE-MÁQUINA EN FUNCIÓN

Algún tiempo después, los atónitos hombres de la *Cyril* fueron llevados a conocer Colonia Nova. Aquella colonia no era más que un pintoresco y numeroso grupo de rústicos pero cómodos *bungalows* rodeados por floridos y bien cuidados jardines. Podían apreciarse gran cantidad de figuras esculpidas en piedras blancas, ejecutadas con exquisito gusto artístico. Había gran profusión de ellas, de los más distintos gustos, demostrando con ello que los habitantes de Nova practicaban en su mayoría el arte escultórico.

En conjunto, la colonia daba la impresión de un fértil y extenso espacio de la Tierra, poblado de casitas de recreo.

El hombre a quien habían confiado el irles mostrando todo aquello fue el propio Dorio. Era profesor de astronáutica en la colonia y, además, ayudante del profesor Ferrer, a quien admiraba según explicó a Fred y sus compañeros.

Todo aquello, no obstante ser tan extraordinario, no podía, naturalmente, satisfacer a Fred. El tenía una misión a realizar. Hasta ahora poco había hecho en favor de ella; tan sólo dejarse arrastrar por los acontecimientos.

El hombre disciplinado e inflexible que hicieron de él los del Consejo Mundial, le impulsó a la acción.

En primer lugar le era urgente ir reuniendo datos para poder emitirlos; en segundo, adoptar una pacífica y paciente actitud de conformismo para infundir confianza a los hombres de la colonia. Ya el profesor Ferrer le hizo saber en la primera entrevista, que, una vez le *clasificaran*, sería considerado como uno más entre ellos. Y sería incorporado en alguna actividad de la colonia.

Fred se trazó el plan de reunir informes, y luego, en el momento oportuno, ya hallaría el medio de practicarse una incisión en el lugar de su

piel bajo la que llevaba oculto el micro-emisor *Capelli*. El emisor adoptado por la Sección de Investigación y que revolucionó la técnica terrestre. Ondas luminosas monocromáticas separadas del núcleo generador de fotones. Capelli consiguió establecer en el núcleo tal fuerza central magnética, que ejercía atracción sobre sus propios corpúsculos luminosos al ser liberados en cualquier punto dentro del Límite de los Seis Mundos. Estos corpúsculos expandíanse en dilección al núcleo a la velocidad de la luz, siendo portadores del mensaje grabado en ellos. La voz humana quedaba fraccionada, pulverizada, en la ínfima proporción de cada partícula luminosa que la trasladaría al núcleo central.

Gran número de colonos aproximáronse al grupo interesándose por su llegada. Dorio evitaba el que hablasen con ellos. Eran gentes afables, de mesuradas y corteses maneras. Abundaban los jóvenes de ambos sexos. Y todos cubrían sus cuerpos con amplias y cómodas vestiduras que recordaban los dibujos clásicos griegos.

Dorio les dio una detallada información de todo en sucesivas reuniones.

-Los tejidos son de fibras vegetales -les dijo-. Son fabricados en los recintos subterráneos de producción. Solo tienen acceso a estas fabricas los científicos encargados de su funcionamiento.

Aquellos recintos estaban enclavados en el subsuelo de la colonia, y era su entrada vedada, siendo respetada la orden por todos sus habitantes.

Fred llegó a la conclusión de que Colonia Nova era una desconcertante agrupación de seres terráqueos, llegados allí no sabía cómo, dirigidos por un sistema tecnocrático.

El Consejo Mundial, por medio de Investigación, le había encomendado descubrir el móvil y los autores de las desapariciones de naves. Faltaba asegurarse si los habitantes de Nova eran causantes de ellas. En cuyo caso, serían delincuentes. Y en cuyo caso, también, él, Fred, habría de obrar contra ellos inexorablemente.

*   *   *

Le había llegado el turno de ser clasificado. Ya anteriormente lo habían sido Bardom, Tarken y el Comandante. Él había quedado separado de ellos y sin poder comunicarse. Era un aislamiento amable, considerado, pero sólo Dorio le hacía compañía.

Fue conducido a la amplia cabaña que viera al principio. Dorio le dejó en el interior bajo la custodia de otro de los ayudantes del profesor Ferrer.

-Sígame -le rogó.

Quedó Fred frente al profesor Ferrer. Éste tenía puesta la blanca bata del tejido peculiar en Nova.

Acariciándose distraídamente la puntiaguda y corta barba, levantóse el profesor Ferrer del asiento para recibir a Fred. La estancia estaba iluminada por una luz intensamente blanca, pero suave a la vista, que arrancó destells plateados a sus cabellos.

-Tome asiento, se lo ruego -indicó a Fred, haciendo él lo propio.

Una vez quedaron sentados frente a frente, teniendo entre ellos la ligera mesa de metal flexible -producto sin duda de las anteriores naves siniestradas-, habló el profesor.

-Así pues -comenzó, como reanudando una conversación interrumpida-, su nombre es Fred Kolas, de actividad ingeniero químico, ¿no es así?

-Así es, en efecto -afirmó Fred, curioso.

-¿De qué grupo racial procede?

-¿Grupo? ¿No es evidente que soy blanco? -replicó Fred aparentando

asombro.

Sonrió levemente el profesor, dejando al descubierto parte de su perfecta dentadura.

-Indudablemente -confirmó-. Mas ¿no ha leído nada de los experimentos sobre genética realizados por Manyud en la Tierra?

Algo se tensó repentinamente en el cerebro de Fred. Claro que había leído. Él mismo era un producto de aquellas experiencias. El sistema Manyud era precisamente el aplicado en la formación de los hombres de Investigación.

-No; no se a qué se refiere -mintió.

-Son unas interesantes experiencias encaminadas a hacer desaparecer a placer la pigmentación de los tejidos, actuando sobre la melanina...

Interrumpió la explicación, y agregó seguidamente :

-Perdone; tal vez le canse. Tendrá que ser paciente. El interés de Nova así lo exige. ¿Sufre de alguna enfermedad? ¿Algo de tipo...?

Fred fingió de pronto haber llegado al colmo de la paciencia.

-Escúcheme, profesor -le atajó con firmeza-. Hemos sufrido un desastre con nuestra nave en no sé qué pedrusco del Espacio Letal. Nuestro punto de destino era el Límite de Los Seis Mundos. Y nos hallamos, no sabemos donde, inquietos y apesadumbrados por nuestro futuro. ¿No cree, dadas las circunstancias, que su interrogatorio resulta absurdo? ¿Qué pretende con esa especie de ficha personal?

Quedó mirando al profesor agresivamente, y agregó:

-Nos urge salir de aquí, ¿comprende? Hemos visto que poseen naves espaciales y existe la posibilidad de intentarlo. Ustedes son también terrícolas, según dicen. ¿Por qué no lo intentan?

Hubo como un rápido reflejo de añoranza en las pupilas del profesor Ferrer. Pero sólo una fracción de segundo.

Sus ojos fulguraron con expresión indescriptible que hizo a Fred sentirse cohibido. Empero, al hablar, la voz del profesor era tranquila, reposada, con tono aleccionador, como dirigiéndose a un chico mal criado.

-No debe tomarlo así, señor Kolas -le reconvino-. Hemos de tornar precauciones para el bienestar de Colonia Nova. No podemos arriesgarnos. Y ahora, sea amable y permita que se le extraiga sangre para su análisis.

-¿También eso? -protestó Fred, rebelde.

-También. -afirmó, rotundo, el profesor. A continuación habló por el tubo emisor colocado a su alcance- Nora, ¿puedes venir? Trae lo necesario.

Dirigiéndose a Fred, le prometió:

-Una vez quede *clasificado*, permítame invitarle a comer juntos. Tendré sumo gusto en aclararle algunos extremos.

La llegada de Nora constituyó una nueva sorpresa para Fred. Tratábase de la esbelta y bella joven que vieran a su llegada y que Dorio nombró como profesora Wanda.

Recogida en elegantes pliegues, la airosa bata dábale apariencias de diosa clásica de la antigüedad. Eran sus ojos rasgados y soñadores, con esa cierta expresión enigmática que han dado en aplicar a las antiguas bellezas egipcias.

El cinto metálico que ceñíale la cintura, dejaba adivinar la esbeltez y turgencia del grácil cuerpo. Traía en sus manos un pequeño estuche oblongo.

-Nora, el señor Kolas está dispuesto -le informó el profesor.

Con gesto de asentimiento, la joven colocó el estuche sobre la mesa, abriéndolo. La sangre de Fred quedó en los tubos de ensayo, y las partículas

epiteliales, aprisionadas entre las platinas transparentes. Todo lo cual volvió Nora al estuche.

Fred llevó el dedo a la boca succionando levemente la herida.

-No lo haga -recomendóle la joven y, con presteza, aplicó en el dedo una breve pincelada de un líquido verdoso.

La voz, de agradable tono, impresionó favorablemente a Fred. Una extraña sensación le estremeció al sentir en su mano el ligero y suave roce de las manos de ella. Miró aquel rostro y sus miradas se cruzaron. En las pupilas de Fred advertíase la curiosidad, mas en los de Nora brilló profundamente una llmita de turbación; algo tímido y trémulo que sólo fue percibido por Fred, Quedaron un instante fijos sus ojos en los de él, como atraída por una fuerza irresistible.

Venciendo aquella especie de hipnosis, Nora sustrajo la mirada volviéndose hacia el profesor Ferrer.

-¿Completo ? -preguntó lacónicamente.

-Completo, Nora. Espero tu informe. Utiliza los analizadores automáticos para mayor rapidez.

Salió ella con airoso paso. Fred la siguió con la mirada hasta que desapareció tras la puerta. En su mente había brotado una idea que pensaba poner en práctica tan pronto tuviera oportunidad para ello.

Al profesor Ferrer, sagaz e inteligente, sería inútil tratar de extraerle cualquier informe que le comprometiera respecto a su intervención en las catástrofes ocurridas a las naves espaciales.

Mas a Nora Wanda resultaría más fácil hacerla hablar. Trabajaba junto al profesor y estaría al corriente de muchas cosas importantes.

Parecía también muy inteligente, pero era muy joven. Una cualidad importante para los planes de Fred.

Aunque él no tenía facultad para sentirlo, sabía, no obstante, que las demás personas de ambos sexos sentíanse subyugadas por una especie de atracción que denominaban amor.

Fred estaba exento de ello, pero había sido instruido para poder emplear los ardides necesarios a fin de despertar aquellos sentimientos en una mujer. Las confidencias llegarían después.

Y Nora Wanda era inteligente, bella y... muy joven.

CAPÍTULO VIII
PALOMA Y GAVILÁN

Tras haber soportado la *clasificación*, los hombres de la *Cyril* fueron destinados cada uno a los puestos en que podrían prestar una más eficaz ayuda a la colonia. A pesar de ello, fueron alojados separadamente en edificaciones cercanas a la del profesor Ferrer, sin tener contacto con el resto de los habitantes, los cuales parecían también eludir su trato.

Así pues, el Comandante fue agrupado al cuadro de astronautas que mandaba Dorio; el profesor de hipnosis, Bardom, fue incluido provisionalmente al gabinete da Clasificación, y Tarken, por sus conocimientos sobre metales y aplicación de los mismos, a una agrupación conocida en la colonia como Técnicos del Metal. En cuanto a Fred, lo incluyeron en el cuadro de colaboradores directos del profesor Ferrer.

Todo encajó a medida de sus planes. Su tarea consistía en realizar análisis clínicos de distintas substancias, en estrecha colaboración con Nora Wanda.

Previamente fueron informados por el profesor Ferrer de que se hallaban en un planetoide fuera de las rutas exploradas. Que ellos, los primitivos habitantes de Nova, se encontraban allí por motivos qua no hacían al caso, y que era total, absolutamente imposible intentar el regreso a la Tierra con los medios de que disponían en Nova.

Ya en su nuevo trabajo y durante un determinado espacio de tiempo, Fred fue envolviendo a la joven en una invisible y sutil red de galantes atenciones y discretas insinuaciones. Ella era absolutamente inexperta en esas lides, como pudo Fred comprobar satisfecho.

Uno de tales días preguntó a Nora, mientras hacía como que observaba unas placas en el microscopio:

-¿No siente tristeza de hallarse encerrada en un lugar como éste?

Ella alzó la cabeza y dejó de hacer apuntes. Se encontraba a espaldas

de Fred, por lo que éste no observó su mirada de sorpresa.

-¿Tristeza? -repitió Nora-. ¿Tristeza por qué? Somos de Nova. Aquí vivimos y aquí se halla nuestra felicidad. ¿Por qué lo dice?

-¿Y eso es suficiente? -insinuó Fred astutamente-. Es que ustedes son descendientes de hombres que nacieron en un planeta llamado Tierra. ¿No sabe nada de él?

-Claro que sí -afirmó ella-. La Tierra es un planeta situado en la galaxia...

Se interrumpió para sonreír de una manera encantadora.

-¿Quiere que repita la lección? -indagó, burlona.

-No es necesario. Pero sería conveniente que supiera que allá en la Tierra una chica como usted sería muy... solicitada.

-No lo comprendo. ¿Por qué?

-Pues... por eso; porque tiene lo que allí denominan... encanto, personalidad.

-¿Y por eso sería solicitada? ¿Vale algo para desempeñar cargos en la Tierra?

-Verá -Fred sonrió-; no se trata de ocupar cargos. ¿No comprende? Es que reúne usted suficientes dotes para enamorar a un hombre.

-¿Enamorar? Yo no lo pretendo.

-Oiga, Nora. ¿Es posible que no sepa lo linda que es? ¿Y que un hombre con sangre en las venas desearía... ser amado por usted?

Nora quedó perpleja. Un leve rubor se extendió por sus mejillas. Pero reaccionó.

-Realmente, no le entiendo, Kolas. Todos los habitantes de Nova son amados por mí. Incluso usted y sus compañeros, que son los más recientemente llegados. Todos formamos un conjunto ordenado.

Fred giró en su asiento. Quedó mirándola fijamente y avanzó hacia ella con lentitud.

-Pero... Nora. Déjese de pensamientos... ¿cómo diría? matemáticos, mecánicos. ¿Es que de veras no siente atracción por ningún hombre determinado? ¿Un hombre a quien unir su vida en una dedicación absoluta?

Ella se estremeció perceptiblemente. Era una mujer que desconocía la peligrosa esgrima de las galanterías y los movimientos femeninos estudiados. Todo en ella respiraba ingenuidad y franqueza.

-¿Un hombre? -su voz tuvo un trémolo de inquietud-. Es posible. Mas no, hasta que el profesor Ferrer lo decida.

Fred se le aproximó aún más. Notaba la turbación de la joven y decidió aprovecharse de ella.

-Escuche -le dijo, y su voz reflejaba un apasionamiento que estaba muy lejos de sentir-; todos los hombres, y creo que las mujeres también, tenemos un tipo ideal en nuestros pensamientos. ¿No es cierto? Algo inconcreto, tal vez difuso, pero que nos haría intensamente felices de hacerse realidad. Yo he encontrado, al llegar a Nova, ese ideal de mujer.

-¿En Nova? -preguntó ella, por preguntar algo para ocultar aquella desconocida turbación que la dominaba. Sabía que Fred no había tenido contacto con otra mujer que con ella.

-En Nova. -confirmó Fred. Sus manos oprimieron dulcemente las de ella, que temblaban, sin que realizara movimiento para retirarlas. Agregó arteramente- Nadie antes, en la Tierra, había hecho latir mi corazón con un anhelo tan vehemente, Nora.

-Y... ¿quien es ella?-preguntó aquélla con voz temblorosa, mirando

abiertamente al rostro de Fred.

-¿No lo adivina? Usted, Nora. Es la mujer que el destino me ha señalado, y le prometo que haré lo posible por que sea mía. Es decir, si usted también... lo desea.

-¡Oh. Fred! -exclamó ella, atemorizada-. No es posible. Eso ha de decidirlo el profesor Ferrer. Él es quien determina los enlaces en Nova. La sangre es un factor importantísimo. Han de ser de grupos adecuados.

-¿Y la mía?

-No sé... ¡Estoy aturdida! El primer análisis automático era sólo para determinar enfermedades. Queda aún el racial; el que le clasificará en el grupo exacto de su procedencia.

-Pero, ¿puede usted estar atada a todo eso? ¿No valen para nada los impulsos íntimos?

-¿Y si así fuera? ¿Qué conseguiríamos con ello? El profesor Ferrer decide en último extremo.

-¡Al diablo el profesor Ferrer, Nora! ¿Cómo puede intervenir, ni con qué derecho, en todo esto? Falta aún saber una cosa. ¿Sientes por mí algún afecto?.

-No lo sé... -tartamudeó ella- Tus palabras hacen nacer en mí sentimientos desconocidos. ¡Es tan extraordinario todo...! Sí; algo hay en ti que me turba y me impulsa a alejarme. Pero hay también algo eme me lleva hacia ti...

-¡Nora!

Sabiamente, Fred aprovechó la oportunidad del momento para estrecharla apasionadamente entre sus brazos. Unió sus labios a los de aquella virgen inocente.

-Te amo, Nora -susurróle junto al oído-. Creo que te he amado siempre, aun sin sospechar que existieras. Uniremos nuestros destinos pese al profesor Ferrer. Confía en mí.

Deslizó aquellas palabras en los oídos de Nora con estudiadas inflexiones de amor obstaculizado. Teóricamente sabía los óptimos resultados que obtendría.

-Sí, Fred -aseguró ella, sofocada aún por la caricia-. Seré tuya por siempre... Pero, no es conveniente despertar sospechas.

-Así lo haremos, Nora. De todas formas, puede que el análisis permita nuestra unión.

-Es de desear, Fred -opinó ella, dirigiéndole la dulce mirada de sus serenos ojos-. Por el bien de todos. Porque ya, nunca, nunca, podría olvidarte.

A partir de aquel momento, los planes que Fred se había trazado entraban en vías de realización.

* * *

En uno de los paseos que Fred acostumbraba a realzar en compañía de Nora por las afueras de la colonia, llegaron hasta una hermosa gruta de fondo arenoso. Tomaron descanso allí y contemplaron el paisaje.

Un panorama igual al terrestre extendíase ante sus miradas. Árboles y tupidos arbustos poblaban la extensión visual. Mas notábase un silencio solemne y posesivo. Aquel mundo ignorado carecía de la presencia de los pájaros que le prestaran el encanto de sus trinos y vuelos.

Nora parecía abstraída en la contemplación, empero su mirada era lejana, como ausente. Su espíritu, virgen al halago y a las frases amorosas de ningún hombre, aún hallábase sorprendido. Algo inefable y dulce la inundaba íntimamente, y su mano, con suavidad acariciadora, prendió la de Fred en un ansia oculta de querer tenerlo junto a sí indefinidamente.

Él la miró sonriendo. Sagazmente, filtró de nuevo el veneno de sus palabras:

-¡Lástima tener que conformamos...! ¡Es tan bella la Tierra! Todo allí es alegre, acogedor y maravilloso. Existen islas paradisíacas, rodeadas por un mar azul zafiro, que parecen creadas para nidos de amor. ¡Seríamos allí tan felices, Nora...!

Suspiró ella blandamente, y le miró noble, limpiamente a los ojos.

-¿Por qué lo crees así? -preguntóle con dulzura-. Tal vez... Conozco teóricamente esos lugares que citas. No los he visto, naturalmente. Mas Colonia Nova también es hermosa. Y yo..., yo me sentiría feliz en cualquier lugar del Universo estando junto a ti. ¿Tú no?

-Sin duda, querida. Además ¿a qué torturarnos pensando otra cosa? ¿Sabes...? No dejo de preguntarme cómo fue fundada esta colonia -hablaba con ligereza, como si no tuviera gran interés en saberlo-. Me agradaría saber algún día cómo llegaron hasta aquí. Es un misterio interesante.

-No lo creas -le aseguró ella-. Colonia Nova fue fundada por el profesor Ferrer y el grupo de científicos...

Calló repentinamente.

-Es curioso -observó-. Siento hacia ti algo tan profundo, que me hace contravenir las leyes de la colonia.

-¿En qué sentido?

-Pues... tampoco debía explicártelo, pero...

-No lo hagas, si no es tu deseo -atajóla Fred, fingiendo leve enfado.

-Sí lo deseo, Fred -afirmó ella con vehemencia-. ¡Oh, querido! Estaría junto a ti, explicándote cosas, mucho más tiempo del que tú soportarías. No es eso -movió la cabeza pesarosamente-; es que... Bien -decidió con una

encantadora sonrisa-, no puedo negarte nada. Escucha. En Nova no nos está permitido pasear con los recién llegados hasta que no han sido *clasificados* totalmente. Y, mucho menos, hacerles confidencias.

-Yo ya lo he sido, ¿no? Tú misma efectuaste los análisis.

-De enfermedades, sí. Pero la *clasificación* definitiva se realiza con los glóbulos, estableciendo la consanguinidad.

Fred escuchaba con toda atención. A pesar de ello, su rostro no mostraba más complacencia que la de estar escuchando la voz amada.

-Prosigue, Nora. Te escucho -la animó amablemente. Su mano, entretanto, acariciaba los sedosos cabellos de la muchacha.

Ella continuó:

-Antes que vosotros, otros hombres llegaron a Nova procedentes de naves siniestradas. Muy escasos, desde luego. Ahora forman parte como miembros de la colonia y han fundado familias.

-¡Eso es asombroso, querida! -no pudo por menos de exclamar Fred-. ¿Quieres decir que existen otros supervivientes? Me agradaría hablar con alguno de ellos.

-No es posible hasta que transcurra cierto tiempo. Además, no recuerdan nada de su pasado. Son amnésicos voluntarios.

-No acabo de comprender... -ahora sí se hallaba Fred confuso-. ¡Amnésicos voluntarios!

-Y son felices con ello. Tú también lo serás. Bueno -dijo Nora incorporándose-, creo que es ya oportuno regresar a la colonia. No quisiera abusar de la bondad del profesor.

-¿Él sabe que paseamos juntos?

-Yo misma se lo dije y no tuvo inconveniente. Tiene depositada en mí una inmerecida confianza.

No quiso Fred insistir más para que Nora continuase informándole. Aunque ardía en deseos de llegar a conocimiento de todo lo referente a Colonia Nova, comprendió que no debía exponerse demostrando excesivo interés. Lo que la joven le había explicado incrementó su curiosidad en grado extremo.

Regresaron lentamente.

Ya las azules tintas de la próxima noche novana teñíanlo todo como en un velo sutil, cuando se separaron.

Nora marchó al *bungalow* que ocupaba con sus padres, y Fred, sumido en profundas meditaciones, marchó a su alojamiento, situado en un pequeño recinto adyacente a la cabaña del profesor Ferrer.

CAPÍTULO IX
CONTACTO CON LA TIERRA

Fred dejó transcurrir unos días. Al fin, cuando consideró llegado el momento oportuno para entrar en acción, decidió ponerse en contacto con la Sección de Investigación, en la Tierra.

Había conseguido hacerse con un bisturí del gabinete de Análisis, y con algunos otros útiles. Encerrado en su departamento, practicóse una experta incisión en el tejido abdominal y extrajo la achatada cápsula de platino que envolvía al emisor *Capelli*. Suturó la herida y diole una pincelada del eficaz y rápido cicatrizante utilizado en Nova. La capa extendida quedó solidificada inmediatamente, preservando a la herida con su película.

Manipuló en el minúsculo emisor hasta ponerlo a punto. Cuando lo aproximó a la boca, accionó el botón que liberaría los corpúsculos luminosos que llevarían grabadas sus palabras. Y aquellos invisibles mensajeros viajarían por el espacio a la velocidad de la luz.

-"Aquí F.K. Agente especial" -susurró- "F.K. Misión *Cyril*".

Repitió varias veces el mensaje. Luego, continuó:

-"Prosigo investigación. Nave siniestrada en lugar desconocido Espacio Letal. Cuatro supervivientes. Fuerza magnética desconocida actúa sobre *litanio X*. Atracción irresistible. Anula ondas normales de emisión".

Cada párrafo era repetido varias veces. Era absolutamente necesario que el contenido del mensaje llegara completo.

-"Estoy lugar desconocido habitado" -continuó emitiendo-. "Intento localizar situación para emitirla. Profesor Ferrer jefe colonia. Grupo de científicos terráqueos. Probables fugitivos rebeldes. Núcleo muy poblado. Origen de las catástrofes puede hallarse aquí. Continúo pesquisas. Corta F. K."

El emisor *Capelli* condensaba energía para emitir cien mil palabras

aproximadamente. Había, pues, que cuidar su duración.

Ocultó con lodo cuidado el aparato y procedió a realizar alguna investigación más provechosa.

Ya había podido comprobar que en la colonia no existía vigilancia excepto en un solo lugar. Sus habitantes habríanla considerado innecesaria. En cuanto a ellos, los últimamente llegados, ¿qué podían temer de ellos? En un mundo perdido en el espacio, sin medios para trasladarse a ningún otro planeta, resultaría estúpido intentar nada.

Fred sonrió en silencio. Ya sabrían, ya, lo que podía conseguir un solo hombre de Investigación. Y quedarían sorprendidos, seguramente.

Proveyéndose de una pequeña linterna de luz blanca, salió al exterior. Una intensa negrura cubríalo todo. Tenues puntos brillantes de lejanas constelaciones parecían espiar sus movimientos.

Con gran cautela avanzó hacia la cabaña. Nova disfrutaba de un cálido clima similar al de los países tropicales terrestres. Los huecos de sus viviendas, exceptuando las puertas, estaban cubiertos únicamente por cortinas del tejido especial.

Tanteando los troncos del exterior, Fred llegó bajo el ventanal del gabinete de trabajo del profesor Ferrer. Extendió los brazos y quedó asido al borde. Con elástica flexión consiguió elevarse hasta él.

Rápido, con la rapidez silenciosa de un felino, saltó al interior. Tenía grabado en la mente el lugar exacto que ocupaba cada uno de los muebles en la habitación. Con la misma seguridad que si los viera, sorteó un estante metálico y llegó hasta la mesa de trabajo. La rodeó. Y cuando sus manos iban a coger la ansiada carpeta, que Nora le informó contenía algunos de los secretos de Colonia Nova, algo le inmovilizó dejándolo como galvanizado.

Fue algo extremadamente sutil, casi imperceptible; pero no para los ejercitados sentidos de un hombre como Fred. ¡Alguien más se hallaba en aquella habitación! Alguien agazapado en la sombra, oculto tal vez, mas él no

estaba solo.

Contuvo el aliento y afinó el oído al máximo. Nada. *Aquello* no se repitió. Pero Fred estaba seguro de no equivocarse. Quedó quieto, contando mentalmente los segundos. En aquella profunda oscuridad no sería reconocido si intentaba escapar.

Mas la ventana quedaba alejada unos pasos, y resultaría arriesgado intentarlo.

Bien; habría que decidirse. Quien quiera que fuese el que allí se encontraba le habría oído penetrar por la ventana. Sabía también que estaba allí, y, sin embargo... ¿Por qué no encender la linterna y descubrirlo? Eso sería lo más acertado. Luego... bueno, lo que llegara después habría que afrontarlo.

De improviso, con la rapidez de una centella, algo como un soplo corrió en las tinieblas hacia la ventana; saltó al alféizar y cayó al exterior. Fred no pudo ver nada, pero percibió el rápido y blando rumor de las pisadas que se alejaban velozmente.

¡Había huido! ¿Quién podía ser el intruso? ¿Quién, de los habitantes de Nova, entraba clandestinamente en la cabaña del profesor, como él mismo? ¿Y con qué fin?

Dejó para más adelante el investigarlo. Con precisos, rápidos y medidos movimientos, volvióse de espaldas a la ventana y oprimió el botón de la linterna. El óvalo blanquísimo iluminó íos documentos que él iba colocando frente al foco. En breve tiempo quedaron impresionados en la película de la micro-cámara del cinturón.

Colocó la carpeta en el mismo lugar en que la hallara, y saltó por la ventana con la misma subrepticia rapidez con que lo hizo su antecesor.

* * *

Entre los cuatro supervivientes de la *Cyril* existía escaso contacto. Sin embargo, en algunas ocasiones paseaban juntos por el jardín que rodeaba la

cabaña, y cambiaban impresiones sobre su extraña situación.

El Comandante era el que más demostraba su desesperación. En una de aquellas ocasiones, Fred se hallaba con ellos y le oyó decir:

-No es posible hacerse a la idea de quedar aquí hasta el fin de nuestras vidas. Hay que hallar algún medio para salir de esta ratonera.

-Inténtelo, Comandante -le animó Bardom irónicamente-. Por mi parte, me encuentro perfectamente en esta perdida *isla espacial*. La Tierra me hastiaba ya con sus ambiciones y falta de escrúpulos. Fíjese -señaló con amplio ademán la extensión que ocupaba la colonia-; todos parecen vivir felices. En realidad ¿dónde se encuentra la auténtica felicidad?

-Estos hombres parecen haberla hallado en la Ciencia y en e! Arte -insinuó Tarken.

-No les falta razón. ¿Hay nada más bello que descubrir y crear? Creo que son los goces espirituales más elevados. ¿Qué opina, Kolas?

-En efecto, así debe ser. ¿Cuál es su opinión respecto al profesor Ferrer?

-Que es un gran hombre -aseguró Tarken.

-Desde luego, desde luego -aprobó ligeramente el Comandante-. Supongo que no tendrán duda sobre quien es. Se trata sin duda de uno de los cabecillas de la *Rebelión de los Científicos*. Lograría huir junto con algunos cómplices y sus familias, y buscaron refugio en este lugar ignorado.

-Es muy probable. Mas aun así, no por ello deja de ser un hombre extraordinario -afirmó Bardom-. Posee conocimientos muy superiores a los comunes.

La conversación continuó entre cábalas y comentarios. Fred pensó por un momento en el gesto de sorpresa que harían sus compañeros de saber que la mayoría de las conclusiones a que llegaban ya eran conocidas en la

Tierra, emitidas por él mismo.

En efecto; a partir de la noche en que fotografió los documentos reservados del profesor Ferrer, no había cesado de transmitir mensajes a Investigación. Les había hecho conocer la existencia y organización de Colonia Nova; su fundación por el profesor Ferrer, en unión del grupo de científicos que le acompañó en la nave espacial con que huyeron de la Tierra después de la fracasada rebelión, y, además, sus métodos científicos de cultivos artificiales de semillas terráqueas y la singular dirección genética de los miembros de la colonia.

El emisor *Capelli* acusaba la abundancia de mensajes emitidos. La energía que encerraba estaba a punto de agotarse.

Fred la conservaba para emitir con ella el dato más importante tan pronto pudiera conseguirlo: la situación espacial exacta del planetoide para su destrucción por los hombres del Consejo Mundial. Allí terminaría su misión. Ya hallaría medios la Sección Mundial de Investigación para sacarle da allí antes de que Nova se convirtiera en un infierno.

No era fácil, sin embargo, hacerse con aquellos datos. Únicamente el profesor Ferrer sabía exactamente la situación de aquel cuerpo espacial. Y quedaba otra incógnita aún. ¿Qué papel desempeñaba la uranita en todo aquello? Eran sólo las naves cargadas de pechblenda las que desaparecían, y Fred se propuso descubrir la razón de tales coincidencias.

Mientras tanto, el tiempo con que contaban disponible los cuatro había terminado. Se despidieron hasta otra ocasión.

Al penetrar en la cabaña del profesor para ocupar su puesto en el gabinete de Análisis, Fred vio a Nora. Ella le dirigió la gracia de su sonrisa.

Y entonces ocurrió algo que electrizó a Fred: ¡la sacudida eléctrica del mensaje de otro psique! ¡Comunicación telepática!

Siguió caminando y tomó asiento ante el microscopio. Colocó maquinalmente algunas hojas transparentes, y aguardó.

De nuevo le llegó la sensación.

-"Esta noche. Mujer velada..." "Esta noche. Mujer velada".

Existía un solo lugar vigilado en Nova. Era una zona límite, pasada la cual era creencia de que latía la amenaza mortal. Por lo menos, así lo creían todos. Habían erigido allí una hermosa estatua representando a una mujer velada, con un brazo alzado y la palma de la mano abierta, como invitando a los atrevidos a detenerse. Pero, considerando que tal vez aquella indicación pudiera ser insuficiente, un hombre permanecía vigilando aquellos lugares.

"Esta noche. Mujer velada". La cita estaba clara. Quien transmitía, le indicaba aquel lugar como punto de reunión, o como que allí descubriría algo interesante.

Mas, independiente de ello, quedaba el hecho asombroso, extraordinario. ¡El mensaje lo había recibido en clave de décimo grado! ¡Investigación!

El agente secreto, pues, no había perecido en la catástrofe. Vivía y colaboraría con él. ¡No estaba solo!

Esperó con impaciencia la llegada da la noche. So pretexto de hallarse cansado, eludió el acostumbrado paseo con Nora, y, finalmente hallóse en su alojamiento.

Cuando la oscuridad fue dueña de Colonia Nova, Fred salió sigilosamente llevando consigo el emisor. Avanzó con cautela hasta hallarse fuera de los lugares habitados, y luego su marcha fue veloz, casi una carrera.

Al calcular que se encontraba próximo a la estatua de la mujer velada, refrenó su paso. Medio agazapado continuó avanzando. A través de la maleza que poblaba aquel lugar, vislumbró un luminoso puntito rojo en movimiento. El centinela vigilaba. El punto rojo era la luz de su casco.

Aguardó, tendido en tierra, a que la luz se alejara. Le pareció que

tardaba una eternidad en hacerlo. Al desaparecer a lo lejos, cubierta por el follaje, Fred reptó hasta situarse al pie de la estatua.

Al poco tiempo de espera vigilante, llegó a sus oídos un furtivo roce, como causado por un pequeño reptil que se deslizara, y cuando aquella sombra, más negra aún que la negrura que le rodeaba, se alzó junto a él, Fred sintió un escalofrío irreprimible.

No podía distinguir el rostro del recién llegado. Era tan solo una masa negra informe lo que tenía junto a sí. Mas su voz le llegó como un susurro. Tampoco pudo identificarlo por ella.

-¿F.K.? -la pregunta fue hecha en clave de Investigación.

-F.K. -respondió Fred en la misma forma.

El otro le habló entonces rápidamente:

-No se aproxime. Escuche. No es momento de perder tiempo. ¿Qué ha conseguido hasta ahora?

Brevemente refirió Fred los resultados de sus investigaciones y de los mensajes emitidos a la Tierra, y también que esperaba conseguir la situación exacta del planetoide.

-Bien -aprobó la sombra-; eso es algo. Utilice esta noche el resto de la energía del emisor completando datos. Reservaremos mi emisor. Agregue que el profesor Ferrer es posible posea una nave espacial de gran capacidad de vuelo. Intentaremos descubrirla.

-¿Una nave? Eso es interesantísimo.

-No me interrumpa. Urge actuar. En anteriores noches he investigado en el gabinete del profesor Ferrer. También lo he hecho en toda esa zona prohibida. Le he citado aquí para mostrarle el camino. Siguiendo recto en la dirección que señala el brazo izquierdo de la estatua, se llega a una estrecha cañada arenosa. Al final de ella existe una gran gruta subterránea por cuya

boca salen los extremos de una plataforma metálica. La entrada está cerrada con una sólida puerta. No hay duda de que se trata de un escondite para una nave espacial, y la plataforma es para su lanzamiento.

El incógnito personaje dejó de hablar, y Fred percibió que vigilaba a su alrededor.

-Informe de todo eso esta noche -continuó-, y agregue que, algo más alejada, se encuentra otra gruta cuya entrada la cubre una compuerta de plomo. He tratado de abrirla pero se trata de un complicado sistema automático. Espero conseguirlo en breve.

-Bien...

Con rápido ademán, la sombra cortó las palabras de Fred.

-La uranita de la *Cyril* ya ha sido transportada aquí. He visto los cofres. El profesor Ferrer, como ya sabrá, es un jefe rebelde fugitivo con sus cómplices. Él es quien actúa con alguna fuerza desconocida sobre el asteroide en que cayó la nave. Consigue que éste irradie su potente energía magnética. También, por medios desconocidos, sabe cuando las naves con carga de uranita penetran en el pasillo de la Zona Negra.

-Y ahora -prosiguió tras una leve pausa-, actúe sin dilación. Intente localizar donde se encuentran los planos de esa nave espacial, por si conseguimos llegar hasta ella. Tan pronto lo consiga, póngase en contacto conmigo. O en cualquier momento en que exista peligro. El escondite secreto ha de hallarse en el gabinete del profesor. Es urgente que lo consiga. Váyase ahora.

Fred hundióse en las tinieblas nocturnas con la suavidad de un gato.

* * *

El emisor quedó agotado por completo. Todos los datos recibidos del desconocido fueron dados a conocer a la Tierra. Tan pronto pudieran señalar la situación en el espacio de aquel mundo en que se hallaban, Fred tenía la

absoluta seguridad de que sería destruido por la Armada Interestelar Terrestre.

Al día siguiente, Nora ya estaba en el laboratorio cuando él llegó.

-Querido -murmuróle junto al rostro cuando Fred la estrechó en sus brazos-; espero te encuentres bien. Hoy es el día elegido por el profesor para tu clasificación definitiva.

-¿Hoy?

-Sí. Me ha pedido te diga que fueras a verle tan pronto llegaras.

Una fugaz inquietud prendió en el ánimo de Fred. Recordaba perfectamente las palabras de Nora: "Son amnésicos voluntarios y son felices. Tú también lo serás".

Decidió afrontar la situación. En último caso, estaba dispuesto a demostrar al profesor Ferrer que no se hallaba dispuesto a ser tratado como un animal de experimentación. Y haría valer, desde luego, su opinión contraria de la manera más expresiva. Incluso por la violencia.

El profesor Ferrer le recibió amablemente.

-Siéntese -le dijo-. Le he rogado viniera para hacerle saber algo que es posible le interese.

-Le escucho, profesor.

-He decidido elegirlo en primer lugar entre sus otros compañeros para *clasificarlo* definitivamente.

Lo dijo en un tono tan deferente, como concediendo un gran favor, que Fred replicó mecánicamente:

-Gracias, profesor -sin saber exactamente qué era lo que agradecía.

-Ha sido a instancias de Nora -le informó éste mirándole fijamente-.

Esa chica está muy interesada por usted, señor Kolas. Y sería muy de desear que la *clasificación* resultara satisfactoria.

-No sé a qué se refiere concretamente.

-Se lo explicaré. El reducido número de individuos con que cuenta la colonia, nos exige vigilar estrechamente los lazos de consanguinidad y los grupos y subgrupos sanguíneos. Una generación sana y fuerte es la base principal de mis proyectos. Hace días están analizando meticulosamente su sangre y células epiteliales. Hoy sabremos el resultado. Pero antes, espero permita usted que efectuemos sondeos en sus capas subconscientes e inconscientes, para determinar exactamente su origen.

-Eso es... ridículo, profesor -objetó Fred con vehemencia-. ¿Es posible que usted, un científico, pretenda conseguir semejante imposible?

La serena mirada del profesor relampagueó un instante. Nuevamente volvióle la plácida expresión al rostro.

-Es usted muy joven, señor Kolas. Hablemos con franqueza. ¿Ama usted efectivamente a Nora Wanda?

La pregunta fue tan directa e inesperada, que Fred quedó sorprendido.

-Sí... desde luego -afirmó titubeante.

-Pues bien; sólo aceptando lo que le propongo podrá unirse a ella. Caso contrario, o que la *clasificación* resulte negativa, quedará agregado en la colonia en el escaso grupo de los *inclasificados*. Es decir, será usted considerado *no útil* para mis planes.

-Pero... ¡eso es monstruoso! -estalló Fred-. ¿Quién cree usted que es? ¿Un ser todopoderoso que dirige y ordena los sentimientos de los demás?

-Nada de eso -los ojos del profesor tuvieron un lejano reflejo de ausencia-. Pretendo cuidar en la medida de lo posible la nueva generación de la colonia.

Un violento impulso se desencadenó en Fred. Mas lo refrenó. Ya habría lugar para hacerle ver amargamente al profesor lo erróneo de sus ideas.

Lanzó desesperadamente los reflejos de su psique en demanda de ayuda:

-“Clasificación origen. Peligrosa”. “¿Niego?” “¿Acepto?” “Clasificación peligrosa”.

Las palabras del profesor seguían llegándole persuasivas y convincentes. Segundos después, llegaban los reflejos respondiendo:

-“Acepte... Acepte... No niegue... Acepte... Misión en peligro”.

-¿Qué decide, señor Kolas? -preguntaba el profesor en aquel instante.

Fred se tomó unos segundos fingiendo reflexionar.

-De acuerdo -accedió-; si no hay otra solución...

Poco después, era colocado en trance hipnótico por un científico a quien no había visto anteriormente.

Mientras éste realizaba los pases adecuados, Fred anuló todas las ideas que pudieran resultar comprometedoras, *blindándolas* con las capas ejercitadas del sub-inconsciente. A menos que emplearan métodos de una técnica desconocida, no podrían saber otra cosa que lo dicho anteriormente por Fred.

* * *

Al gozar nuevamente de sus facultades, se encontró tendido en un cómodo lecho que no era el suyo. Una tenue luz inundaba la habitación a través de la pantalla transparente.

Notaba una vaga sensación de cansancio. No podía calcular el tiempo

transcurrido desde que se prestó a la experiencia. El reloj anular quedó destrozado desde el accidente de la *Cyril* y, por tanto, Fred hallábase desorientado.

Incorporándose, llegó hasta el ventanal. Alzó la opaca cortina y comprobó que era de noche. Salvo el ligero cansancio, por lo demás se encontraba perfectamente.

La puerta de la habitación mostraba hallarse entreabierta. Fred la empujó con precaución y se halló en un pasillo de la cabaña del profesor. Avanzó por él con sumo cuidado, deteniéndose de vez en cuando para escuchar. Ningún rumor. Confiaban en que él estaría descansando.

Aquella ocasión no pensó Fred pasarla por alto. Si consiguiera entrar en el gabinete del profesor... Los planos de la nave y tal vez la situación correcta del planetoide estarían allí ocultos. Lo intentaría.

Encontróse al cabo en el interior del gabinete sumido en la oscuridad. Tanteando la pared, palpó cada saliente, cada insignificante fisura, con la esperanza de hallar algo que le orientara hacia el oculto escondite.

Llegó hasta, un rincón de la estancia en su infructuosa búsqueda.

Repentinamente, la estancia quedó iluminada. Al volverse Fred con sobresalto, quedó encarado con las cuatro personas que le contemplaban en silencio.

-Es inútil, Kolas -le dijo el profesor Ferrer, con voz helada-. No hallará lo que busca. Ni el Consejo Mundial tampoco.

Fred giró la mirada por la habitación. ¡Había caído en una trampa!

En actitud de alerta, dos hombres hercúleos le vigilaban. En uno de ellos reconoció al astronauta más joven, que los recogiera en el asteroide.

Y apoyada en la pared, trémula y con los ojos desencajados de pasmo y espanto, vio a Nora Wanda. El demudado semblante de la joven mostraba

bien a las claras la intensa emoción que sufría.

-¡Fred! -casi gritó, angustiada.

El profesor se aproximó a Fred lentamente. Sin decir palabra llegó hasta él y le prendió de un brazo. Algo indescriptible, a la vez inexorable y tierno, cruzó por sus pupilas al mirar fijamente a los ojos de Fred.

-Nos ha mentido a todos -afirmó amargamente.

A continuación, con aspecto de hombre abrumado, dirigióse a los otros.

-Déjennos, por favor. Esperen fuera -dijo.

Los hombres procedieron a obedecerle junto con Nora.

-Quédate, Nora -ordenó el profesor-. Tú también has sido engañada cruelmente.

Tomó asiento sin prestar más atención a Fred, y, quedando de codos en la mesa, apoyó la cabeza en sus manos presa de gran pesadumbre.

-¡Dios mío! -murmuró apagadamente, con angustia-. Todo perdido. Y, precisamente... ¡Oh, cielos! -clamó desesperadamente- ¡No, no es posible!

Nora se acercó al dolorido profesor y le posó su brazo en un hombro consoladoramente. Fred observaba curiosamente la escena.

Ella alzó en aquel momento su mirada y la fijó en el rostro de Fred.

Aquellos hermosos ojos ya no reflejaban dulzura amorosa. Ahora tenían un brillo metálico e impenetrable que dejaba, no obstante, adivinar el infinito desprecio que los animaba.

CAPÍTULO X
EL SECRETO DE NOVA

En tanto el profesor continuaba sumido en aquella especie de consternación, Fred no perdió el tiempo.

Resultaba evidente que había sido descubierto, no solo en sus planes sino hasta en su identidad. Así parecían demostrarlo las palabras que le dirigiera el profesor anteriormente.

Aquel hombre estaba en conocimiento de que actuaba por mandato del Consejo Mundial, lo que probaba que mientras estuvo en trance hipnótico dejaría entrever algo que lo denunciara.

Debía, por tanto, advertir al otro aún no descubierto. Envió sus reflejos telepáticos:

-“Descubierto. Planes conocidos. Obre urgente. Peligro. Peligro”.

Lanzó el mensaje de advertencia varias veces, mientras continuaba inmóvil en el ángulo de la estancia en que fue sorprendido.

Una seña del profesor, que pareció haberse recuperado, le hizo acercarse a la mesa. Un nuevo gesto le invitó a que se sentara.

-Tú también puedes escuchar lo que he de decir, Nora -dijo el profesor a la joven.

Ésta tomó asiento, evitando dirigir su mirada hacia Fred.

El profesor miró a éste con fijeza unos segundos, haciéndole sentir una extraña sensación de inquietud.

-Es usted miembro de Investigación del Consejo Mundial, Kolas -declaró el profesor con gran convicción-. Y ha sido enviado, seguramente, para investigar los motivos de por qué las naves desaparecen.

Fred intentó denegar. Fue interrumpido por el profesor.

-No es necesario que diga nada. Estoy seguro de ello -afirmó éste-. Ha sido muy hábil, Kolas. Pero nuestros métodos de clasificación genética nos lo han hecho saber. Es usted uno de esos hombres-máquinas que el Consejo Mundial se ha fabricado para su servicio.

Una sombra de tristeza cruzó por su semblante. Continuó, con amargura no encubierta:

-Aunque lo desconozca, Kolas, existe algo más poderoso y sabio que el Consejo Mundial. Ese algo rige en realidad nuestros destinos y la Creación toda. Sé que, tal como ahora piensa y razona, le costará trabajo creerlo. Pero es así, créame.

Fred había pasado de la inquietud a una especie de divertimiento interior, ante el pacífico giro de los acontecimientos. ¿Estaría en manos de un sabio chiflado? ¿Sería el profesor Ferrer un pobre diablo maniático?

Continuó escuchando atentamente.

-La clasificación de su génesis indica que es usted diferente a lo que su apariencia física demuestra. Y también... no se sonría, Kolas. Los subgrupos de su sangre coinciden totalmente con los míos. Ha ocurrido algo que podemos considerar como milagroso, es usted de mi misma sangre. Y ahora, voy a explicarle algo que desconoce.

Y el profesor Ferrer fue narrando a Fred, apasionadamente, la oposición y las luchas de los científicos terrestres a los planes del Consejo Mundial, De nuevo escuchó Fred, esta vez referida por uno de sus protagonistas, la desigual batalla entabiada por los científicos hasta ser derrotados y exterminados en su mayoría.

-Quedamos un grupo, sin embargo -añadió el profesor-, que conseguimos ocultarnos. Habíamos sufrido en nuestra propia carne los zarpazos inhumanos del Consejo Mundial. A algunos de nosotros, nos había arrebatado el Consejo nuestros hijos para instruirlos en esa diabólica Sección

de Investigación. Sabíamos que estaban perdidos para siempre. Mi esposa murió de sufrimientos. Todo ello, junto a un sentido de rebeldía ante la ambición desmedida que trataba de monopolizar, como lo han conseguido, todas las actividades terráqueas, nos impulsaron a entablar la lucha. Quedamos vivos muy pocos...

Quedó en silencio, corno rememorando aquella espantosa época. Tras la breve pausa, prosiguió;

-Conseguimos huir en una nave espacial que manteníamos oculta. Alojamos en ella a los familiares del grupo y algunos otros que se nos unieron en la fuga. Nos arriesgamos por rutas desconocidas, quién sabía si mortales. Pero no estábamos en disposición de elegir. Pasado el Espacio Letal nuestros magnetómetros acusaron una fuerte atracción del *litanio X*. Llegamos al asteroide que ya conoce y lo exploramos. Era inhabitable. No obstante, descubrimos la razón do su magnetismo. Esa fuerza, activada y reaccionada con vapores de torio, genera una atracción irreprimible del *litanio* y anula las ondas de emisión normales. Más adelante la pusimos en utilización para atraer las naves.

-No dejará de reconocer -hizo observar Fred, recuperando su sangre fría-, que son procedimientos criminales.

-Usted no puede opinar, siendo lo que es. Un autómata -le replicó el profesor-. Permítame continuar. Proseguimos el vuelo hasta llegar a este lugar. Comprobamos que era habitable y que podían hallarse en él substancias vitales para nuestro sostenimiento. Así nació Colonia Nova. Quedaba aún algo por hacer...

Miró rápidamente hacía Nora y sonrió tristemente. -Es la primera vez que tendrás noticia de esto, Nora -le dijo-. Mas no importa ya. Kolas habrá sido tan... eficaz para el Consejo Mundial, que en estos momentos éste sabrá nuestra situación en el espacio. Su emisor ha sido encontrado agotado por completo. Y harán lo posible hasta conseguir...

Fred callaba, aunque tuvo un impulso para negar la afirmación del

profesor. Le extrañó aquella alusión a la situación de Nova, que él no había podido descubrir. ¿Cómo iba a emitiría él sin contar con los planos? No acababa de comprenderlo.

-Seré breve para terminar -habló el profesor con rapidez-. Conservamos la primitiva nave en que llegamos. Está oculta en un lugar de la zona prohibida. Mis proyectos eran construir algunas más para lanzarnos a un arriesgado viaje. La vida vegetal y animal en Nova está amenazada de destrucción por la filtración subterránea de gases letales. He conseguido localizar un lejano planeta, en galaxia distinta a ésta, que reúne óptimas condiciones de vida para nosotros. Los estudios espectroscópicos así lo demuestran sin lugar a dudas. Pero existían dos grandes inconvenientes para ello.

Escuchaba Fred admirado al profesor. Era indudable que aquel hombre estaba loco, pero sabía dar a sus palabras un hálito sublime de humanidad.

Le animó a seguir hablando.

-¿Cuáles eran esos inconvenientes? -inquirió, y Nora le lanzó una fugaz mirada. La joven demostraba hallarse sobrecogida ante las confidencias del profesor.

-Eran y son -aseguró éste, respondiendo a Fred-. La carencia de metales y de combustible para las naves.

-¿Entonces...?

-Pusimos en juego la desconocida fuerza del asteroide. Utilizamos unos sencillos receptores de radiación de la uranita, que nos advienen la entrada de este metal en la Zona Negra de la ruta del Límite. Dorio con sus hombres, en las tres pequeñas astronaves que construimos, proyectan los vapores de torio en el asteroide. Así conseguimos material de construcción y combustible.

-A costa de vidas humanas -finalizó Fred sarcásticamente.

-Vidas por vidas, ¿qué haría usted? Existen en Nova seres puros, inocentes, ajenos a la codicia y la ambición. Educados en un ambiente de Arte y Ciencias. Son admiradores de todo lo naturalmente bello. ¿Qué hubiera hecho otro, en mi lugar?

-Es delictivo -decidió, inflexiblemente, Fred-. Usted, huyendo del castigo a su rebeldía, los está arrastrando a ser sus cómplices.

Encerróse el doctor en un silencio meditativo.

-¿Y los seres-bestias del asteroide? -quiso saber Fred.

-Son inofensivos. Nos ayudan a cambio de minerales que constituyen su alimentación. Bien -el profesor adoptó ahora un aire decidido-; le he informado de todo esto, Kolas, por un extraño deseo de ser franco con usted, y porque deseo también hacerle algunas preguntas. Mañana me dará su sincera opinión sobre este asunto. He ordenado también que sus compañeros sean clasificados genéticamente. Y ahora, responda a esto. Los mensajes enviados por usted ¿qué datos concretaban exactamente? Pregunto al hombre de honor.

En su interior, Fred se regocijaba extraordinariamente. Ingenuo profesor. ¿Con quién creía estar tratando? Honor... sinceridad... franqueza... Conceptos vacuos, estúpidos. Él era un hombre de Investigación, y para ellos no existían otros conceptos que disciplina y deber. Le quedaba, empero, la inquietud de que su otro compañero fuese descubierto.

-Ningunos -mintió-. Únicamente el accidente de la nave.

Sonrió incrédulamente el profesor.

-Me resistía a creerlo -murmuró como para sí mismo-, ¡pero han hecho de ellos seres sin alma...!

A continuación, con aire decidido, oprimió un resorte. Entraron al instante los dos hombres que antes salieran.

-Jan -dijo el profesor, dirigiéndose al piloto-; conduzca a este hombre al laboratorio del doctor Kindell. Que proceda inmediatamente. Reactividad de los centros cerebrales atrofiados. Facultades humanas totales y readaptación de pigmentos. Debe operar sin descanso hasta conseguirlo...

De repente, antes de que aquellos hombres intentaran cogerle, Fred se levantó de un salto y arremetió contra ellos. No tenía idea concreta de lo que haría. Su mente solo le dictaba luchar, defenderse... Todo, antes de permitir que lo *deformaran* mentalmente.

Uno de los hombres rodó a sus golpes; el otro, el piloto llamado Jan. resultó más duro de vencer.

En la lucha, prendió un brazo de Fred y lo volteó con facilidad. Simultáneo con el grito de temor de la joven, Fred notó la asfixiante presión en el pecho producida por la rodilla de Jan.

-¿Se estará quieto de una vez? -le amenazó éste, jadeante aún por el esfuerzo, tratando de inmovilizarle los brazos.

Con una violenta contorsión, se liberó Fred de la presa, y golpeó la nuca de Jan rabiosamente. Éste se desplomó como un fardo.

Al incorporarse Fred con aspecto de fiera acosada, vio al profesor junto a la pared con rostro imperturbable, y a Nora junto a él mirándole con semblante aterrorizado.

-¡No lo haga! -gritó la joven.

Al mismo tiempo, Fred recibía un contundente golpe en la cabeza, que le propinó alguien que acababa de entrar. Quedó tambaleante, con la vista envuelta en brumas.

Le asestaron otro golpe que dio con él en el suelo, quedando de rodillas. La cabeza le daba vueltas. Estaba a punto de perder el conocimiento. Como entre sueños vio incorporarse a Jan frotándose la nuca. Oyó, como muy lejana, la voz del profesor:

-Lléveselo, Jan.

-Debe dejarlo, profesor. Está sangrando -rogó la voz de Nora, y a Fred también le pareció que se hallaba muy lejos-. Puede resultar mortal la operación.

-¡Es mi hijo! ¿Comprendes, Nora? ¡Es mi hijo! -gritó el profesor, desgarradoramente-. El Consejo me lo arrebató y... ¡míralo! Quiero que sea un ser normal, no un autómata.

Unos brazos alzaron al aturdido Fred. Notaba la sangre resbalarle, por la cabeza, de una pequeña herida. Torpemente dio unos pasos.

Antes de salir entre los hombres que lo conducían, aún pudo oír la voz del profesor que decía resignadamente:

-Mañana será un hombre... ¡o un cadáver!

CAPÍTULO XI
NACER DE NUEVO

Próxima a él, a su derecha, estaba Nora. Más allá, inmóvil, silencioso, el profesor Ferrer. Y a su izquierda, un hombre desconocido, enteco y más bien alto, de rojiza barba.

Los tres le observaban ansiosos. Fred miró a cada uno de ellos como el que despierta de un largo sueño.

Hallábase tendido en una especie de camilla, en una habitación desconocida. Se encontraba vestido, y hasta su olfato llegaba el fuerte olor de algún producto químico.

Su mente intentó recordar todo lo ocurrido hasta ser golpeado en la cabeza. Ahora estaban allí, ante él, contemplándole como víctima.

Apoyándose en los brazos se incorporó, quedando sentado.

-¿Qué tal se encuentra? - preguntóle afablemente el de la barba rojiza.

Lo miró Fred y no respondió. Estaba reconociéndose interiormente. Las ideas le funcionaban a la perfección. Y en cuanto a su físico, se encontraba bien.

Recapacitó. Recordaba que le dejaron en aquel laboratorio para realizar con él una endemoniada experiencia. En sus centros cerebrales, eso fue lo que dijo el profesor. Y él no se encontraba nada anormal.

¿Qué habría sido del otro hombre de Investigación? ¿Le habría ocurrido algo al ser descubierto? Tal vez estuviese necesitado de ayuda. Herido acaso.

"Él estaba allí para investigar" -reflexionó-. ¿Para investigar qué? ¡Ah! Las naves, las naves desaparecidas!. El profesor Ferrer era un delincuente. ¿Por qué? Le habían arrebatado un hijo pequeño y su esposa murió por ello. Se rebeló. Cosa natural. Nadie tenía derecho a robar hijos a

nadie. Se rebeló... ¿Contra quién? Contra el Consejo Mundial. ¡Vaya! El Consejo Mundial era omnipotente en la Tierra. Pero, ¿qué era el Consejo Mundial? Nada más que un grupo de ambiciosos que jugaban con la vida y los sentimientos de los demás. Sentimientos..., ¿qué eran los sentimientos? ¿Y por qué él defendía al Consejo?

Miró a Nora. ¡Qué linda y encantadora estaba! Recordó las palabras que deslizara en sus oídos. Ahora les hallaba una nueva significación. "Ojos soñadores..." "Inteligentes..." "Amada..." ¡Amada! Sí; amaba a aquella mujer. Con anhelo incontenible; con todas sus fuerzas. Sentía hacia ella algo tan profundo, posesor y sublime, que le oprimía el pecho.

-¡ Nora! -murmuró.

Ella se le aproximó y le deslizó una mano dulcemente por la frente.

-¿Te encuentras bien, Fred? -susurró.

-Estoy perfectamente. Y usted, profesor, ¿viene a ver cómo me dejaron sus hombres?

-No, hijo; vengo a ver cómo naces de nuevo.

Era gracioso. Le había llamado hijo. A él, que no había conocido...

Un chispazo súbito iluminó sus pensamientos. Era una, visión confusa de un rostro de mujer, de dorados cabellos y rostro sonriente y dulce, que le estrechaba en sus brazos, besándole.

No... Jamás nadie le había besado antes, siendo niño. A menos...

-¿Puede tenerse en pie, Kindell? -preguntó el profesor al otro hombre.

-Naturalmente -respondió sonriendo el doctor-. Está tan solo aturdido. Son muchas emociones juntas. Todos los recuerdos y sentimientos le han llegado de pronto. Necesita ordenarlos.

Entonces, el profesor Ferrer acercóse a Fred y le pasó cariñosamente

un brazo por la espalda.

-Intenta caminar, hijo -su voz denotaba una intensa ternura.

Nora le ayudó también, pero Fred rehusó la ayuda y quedó de pie en la estancia por sí mismo.

Parecía desorientado. Llegó hasta la ventana y contempló el exterior. Era una hermosa mañana. El tierno tallo de un arbusto rozaba los troncos de la cabaña y Fred lo tocó suavemente, fijándose en los pequeños brotes con mirada curiosa.

Todo presentaba para él una belleza desconocida hasta entonces. Colonia Nova extendíase a lo lejos. Palpitaba la vida en ella. Otros seres como Nora, como el profesor, como él mismo, laboraban calladamente, en la esperanza y el afán de procurar el bienestar de los que le siguieran.

Las ideas iban encajando lentamente, como fichas dispersas que se reunieran. El Consejo Mundial ya estaría alerta para proceder contra Nova. Faltaba tan sólo la indicación de la ruta... ¡Morirían todos! Padres e hijos. ¡Todos!

Súbitamente, volvióse Fred hacia el profesor.

-Oiga -le habló rápido-, ¿por qué cree que yo soy su hijo?

-Porque el análisis genético no miente nunca.

-¿Y yo...?

-Eres Julio Ferrer, nacido en la antigua región sudamericana. Tu madre era descendiente hispana. Por tus venas, pues, corre sangre hispanoamericana. Ahora eres tal cual naciste y con tu auténtico aspecto.

-¿Aspecto? ¿Es que acaso...?

Silenciosamente, Nora le presentó un espejo.

Vio Fred su rostro reflejado en él; es decir, los rasgos esenciales. Mas el color de la piel, ojos, cabellos... ¡eran distintos! Ahora su aspecto era el de un joven de color moreno suave, cabellos oscuros y ojos negros. Y había algo indescriptible en su mirada, más humano, noble y comprensivo.

Todo aquello le obsesionaba, aturdiéndole. Julio Ferrer. Hijo del profesor... Colonia Nova... Consejo Mundial... Investigación... Los planos... ¡Los planos!

-¡Pronto! -apremió, dirigiéndose al profesor-. ¿Por qué creyó que pude emitir la situación de Nova?

-¿Por qué? -repitió el aludido, con sorpresa-. ¿Acaso no te apoderaste de los planos con la indicación?

-¡No! -el grito de Fred fue angustioso-. ¡No fui yo! Debió ser el otro. Hay otro hombre de Investigación en Nova.

-¿Qué dices, hijo? ¡Imposible!

-Sí. Es urgente detenerle. Emitirá los datos y la colonia será aniquilada. Todos morirán.

-¿Quién es?

-No lo sé. Uno de los tres que llegaron conmigo. Hagan algo... ¿Qué esperan? ¡Conteste!

La voz de Fred era apremiante. Temía que todo fuera inútil. ¡Al diablo la misión! No podía permitir que el Consejo Mundial exterminara a todos aquellos seres. ¡Sería horrible!

-¿Qué espera?-inquirió con impaciencia.

Pero quedó pasmado al contemplar el rostro del profesor. Por las mejillas de éste resbalaban lágrimas, que iban a perderse entre su barba,

mientras las pupilas aparecían, a través de ellas, con un intenso brillo de felicidad.

-Ya no importa nada, hijo -dijo con emocionada voz-. ¡Gracias a Dios, te he recuperado! Averiguaremos quién es ese otro hombre.

En aquel momento irrumpió en la estancia rápidamente Jan, el que sostuviera la lucha con Fred.

-Profesor -informó con voz alterada-; el hombre llamado Tarken luchó ferozmente al ser conducido para su clasificación. Ha malherido a Dorio y otro piloto más, disparándoles con una pistola de rayos gamma que llevaba oculta. Huye en dirección a la zona prohibida.

Quedó jadeante, esperando órdenes.

El profesor Ferrer dejó de ser el conmovido hombre de hacía un instante, para convertirse en el audaz jefe de Colonia Nova.

-¡Rápido! -ordenó-. Salgan en su seguimiento. Ese hombre posee conocimientos para provocar nuestra perdición. A toda costa ha de ser detenido.

-Bien. Saldremos en su persecución.

Jan salió rápidamente, sin esperar otra orden.

En un repentino impulso, Fred puso su mano en el hombro del profesor.

-Cuente conmigo, profesor -ofreció con nobleza-. Ese hombre no llegará muy lejos, y si llega... ¡yo le impediré hacer nada! Lo prometo. Conozco los métodos de Investigación y voy a emplear sus mismas armas.

-¡No vayas, Julio! -gritó impetuosamente Nora.

-Déjame a mí, Julio, hijo -le rogó el profesor.

Al oírse llamar por aquel nombre, algo se estremeció en el interior del sin familia, trayéndole lejanos recuerdos de su niñez en que una dulce voz femenina y querida le llamaba por aquel nombre.

-¡Lo haré... padre! Es mi tributo a tus sufrimientos pasados. Y a mi amor por ti, Nora -agregó, volviéndose hacia ella.

Salió con precipitación, seguido por los demás.

* * *

El grupo de hombres que marchaba en persecución de Tarken se había desplegado formando media luna. Iban armados, y la dureza de sus rostros no auguraba nada agradable para el fugitivo.

Previamente, Fred había avanzado solo, sin armas, adentrándose en la zona prohibida.

Advirtió a los del grupo que fingieran dirigir las pesquisas hacia el interior, dejando a un lado los lugares próximos a la cañada.

El penetró en ella, avanzando por la fina arena del fondo. Resultaría más conveniente para sus planes que llegara la noche.

Siguiendo el angosto paso, llegó hasta la entrada de la caverna de que ya fuera anteriormente informado. Vio, en efecto, la plataforma de lanzamiento que asomaba bajo la compuerta metálica que cerraba la cueva.

Varias huellas en la arena se entremezclaban en aquel lugar, resultando imposible identificar las de Tarken.

Dejó atrás la caverna y continuó marchando a través de la maleza. En un lugar reservado y oculto dejóse caer para tomar descanso. Reflexionó sobre la situación. Tarken, al saberse perseguido, habríase escondido en algún lugar difícil de hallar. Debía procurar atraerlo y, una vez lo tuviese a su alcance, atraparlo sin darle lugar a que se defendiera. No olvidaba que Tarken iba

armado, y él, en cambio, no había querido llevar arma alguna.

Su plan consistía en atraerse o acercarse a Tarken, y sabía de la astucia y sagacidad de los hombres de Investigación. Si Tarken le veía armado podría sospechar, y era importantísimo no despertar sus sospechas.

Ejecutó la concentración mental para la emisión telepática. Los reflejos le llegarían a Tarken en cualquier lugar en que se hallara. “Logré huir. Descubierto. Logré huir. Oculto zona prohibida. Logré huir”.

Esperó con verdadera ansiedad. Si Tarken no respondía, es que alimentaba sospechas hacia él.

Repitió el mensaje:

“Descubierto. Logré huir. Oculto proximidad cañada. Indique contacto”.

Nada. No le llegaban los reflejos del otro psique. Una vaga inquietud le atenazó. Tarken era poseedor de los preciados datos sobre la situación espacial de Nova. Caso de que consiguiera emitirlos, la colonia estaba irremisiblemente condenada a su destrucción. Pensó en Nora; en el profesor Ferrer, su padre, y en aquellos otros seres que trataban de rehacer sus vidas. Debía evitarlo a toda costa. ¡Maldito Tarken! ¿Dónde estaría oculto?

Salió fuera del escondrijo. En la infructuosa búsqueda había transcurrido la mayor parte del día, y la noche hallábase próxima. Ni un rumor delataba la presencia de ser viviente alguno.

A unas yardas frente a él descubrió la entrada de la otra cueva. Era menor que la primera. Llegó hasta la puerta de plomo y comprobó la solidez del cierre.

Rodeó e! montículo y nuevamente quedó sentado apoyando la espalda en el tronco de un árbol enano. Débil al principio, pero claro al fin, le llegó el mensaje. Contuvo los violentos latidos de su corazón. Las arterias le golpeaban en las sienes. ¡Tarken trataba de comunicar con él!

“No salga -le ordenaba-. No salga. Fuimos descubiertos. No salga. Conseguí planos. Esta noche cañada. Noche cañada”.

Terminaron los reflejos. Fred aguardó aún a que le llegaran otros. Pero habían cesado por completo. Así pues, Tarken le indicaba la cañada como punto de cita. Frenando su impaciencia decidió aguardar. Contaba mentalmente los minutos que faltaban para que la oscuridad envolviera aquellos parajes. Cabía la esperanza de que Tarken no hubiese tenido aún oportunidad de emitir los datos a la Tierra.

Mientras tanto, las patrullas de persecución estarían realizando batidas ostensibles por otros lugares. Harían creer a Tarken que le suponían más adentrado en la zona prohibida. ¡Mil rayos! ¡Cuánto tardaba en llegar la noche!...

* * *

Ya estaba todo envuelto en tinieblas. Como un reptil, fue avanzando Fred hasta situarse en un escondrijo al final de la cañada. No podía distinguir absolutamente nada. Mas sus oídos percibían hasta el rumor del aire rozando las peñas.

Un roce tan furtivo como un soplo llegó hasta él. Tensó sus nervios y sus facultades todas.

El roce se repitió, esta vez a la derecha. No podía ser otro que Tarken. Esperó unos segundos. Finalmente, se decidió. Llamó con voz muy queda:

-¿Tarken?

Nadie respondió. Cesó el rumor, y el silencio pareció ser más opresivo aún.

Inesperadamente, a sus espaldas, oyó .un susurro de voz.

-¿F.K.? -interrogaron en clave de Investigación.

Fred quedó inmóvil, como galvanizado. El otro debía hallarse a escasa distancia de él. Sin volverse, respondió:

-Aquí estoy.

-Bien; no se mueva. Le tengo encañonado. Sé que ha permanecido usted dos días en manos del doctor Kindell. Una autoridad en genética. He de tomar precauciones.

-Conseguí escapar -arguyó Fred.

-No importa. Habrá de ser readaptado cuando nos hallemos de nuevo en la Tierra. Escuche ahora; conseguí los planos posteriormente a nuestra entrevista. Los conservo. Ya han sido emitidos todos los datos en la clave del Consejo Mundial. Pronto nos sacarán de aquí. Hemos de permanecer ocultos hasta entonces.

-¿Al Consejo Mundial directamente? -inquirió Fred con sorpresa-. ¿Por qué no a Investigación?

-Yo soy Investigación, y me debo al Consejo Mundial.

-¡O'Kerty! -susurró Fred estupefacto.

-¡Silencio! Quise actuar personalmente en este caso especial.

-¿Cómo podría imaginar...?

-No tiene que imaginar nada, sino obedecer. Marche delante de mí y diríjase a la entrada de la segunda caverna. Conozco el medio de franquear la entrada y será un escondite ideal. Más adelante trataremos de destruir la nave oculta en la otra. Si conseguimos llegar hasta ella, bastará con inutilizar los cuadros de dirección. Avance.

Obedeció Fred la orden. Estaba haciendo trabajar a su mente a una velocidad vertiginosa. Tras él se hallaba el Jefe Supremo de Investigación, el

propio O'Kerty. Las empresas que éste emprendía, hasta ahora, habían sido coronadas por el más completo éxito. Y el éxito, en este caso, supondría la destrucción de Nova y sus habitantes.

Una rabia sorda, impotente y feroz, prendió en el pecho de Fred como el mordisco de una serpiente.

Miró hacía atrás, sin dejar de caminar, intentando descubrir a O'Kerty. Los ojos le dolían por el esfuerzo visual que realizaba.

Cinco, seis yardas le separaban de aquella densa y agazapada sombra que seguía sus pasos. Resultaba más intensa aún que las sombras que los envolvían.

Rápido como el pensamiento, giró, abalanzándose hacia ella en un inverosímil y elástico salto.

-¡Quieto!-conminó el otro, una fracción de segundo antes de que le cayera encima el cuerpo de Fred.

La cárdena lumbrarada del silencioso rayo gamma casi chamuscó el rostro de Fred. Pero aquel fugaz resplandor le orientó. Por un segundo vio el ancho rostro de Tarken con una espantosa mueca de odio demoníaco.

Golpeó frenéticamente el brazo armado hasta que hizo saltar la pistola. A continuación, entablaron la más mortal y feroz de las luchas, sin un quejido, sin un grito, resoplando tan solo como dos monstruos furiosos.

Ni pedían ni daban cuartel. Sabían que la lucha era a muerte. Ambos estaban preparados técnica y físicamente para ello. Cualquiera de sus sabios golpes o dolorosas presas habrían dado cuenta rápidamente de un hombre normal. Mas ellos conocían también la forma de esquivarlos, escurrirse y replicar con la rapidez de un rayo.

Rodaron por la arena. Fred notaba la sangre resbalar por su rostro y, por la viscosidad de sus manos, calculó que O'Kerty también sangraba.

Empero, la juventud fue imponiéndose lentamente. Los contendientes estaban igualados en cuanto al conocimiento de tretas y ardides, pero Fred superaba al otro en juventud. Notaba que los golpes de su contrario iban perdiendo algo de su contundencia.

Sin embargo, uno de aquellos violentos golpes en el cuello, con el canto de la mano abierta, le nubló la vista. Fue tan solo un segundo de titubeo para reponerse, pero O'Kerty lo aprovechó oportunamente para intentar propinarle el eficaz golpe de rodilla en el bajo vientre.

Con velocidad fulmínea, Fred prendió en el aire la pierna que iba a golpearle. La volteó hacia atrás con terrible ímpetu y siguió al cuerpo en la caída con un salto de pantera.

Consiguió pasarle el brazo izquierdo bajo la axila del mismo lado, aprisionándole la nuca con la mano. Trenzó las piernas, inmovilizando a su antagonista. Con veloz movimiento ejecutó la misma operación con el brazo derecho.

Una perfecta llave aprisionó a O'Kerty, amenazando lentamente fracturarle las vértebras.

Presionó Fred hacia abajo brutalmente, sintiendo que las fuerzas le fallaban. ¡Maldito O'Kerty! Resultaba dificilísimo dominarle.

De súbito, el lugar fue rápidamente iluminado por cuatro haces de luz blanca. Fred diose cuenta entonces de! maltrecho cuerpo que tenía apresado. El rostro de O'Kerty era una masa tumefacta y sangrante, apenas con apariencia humana.

Oyó los precipitados pasos que se aproximaban. Y notó, como un autómata, los esfuerzos que hacían los recién llegados para desprenderle los brazos del cuello del vencido O'Kerty.

Al fin lo consiguieron, y cuando Fred se incorporó tambaleante, los rostros de los que le rodeaban comenzaron a girar vertiginosamente.. Entonces Fred se desplomó exhausto, como un pelele deshecho.

CAPÍTULO XII
DESTRUCCIÓN

De cualquier cosa podría tacharse a O'Kerty menos de cobardía. De pie en el centro del laboratorio del profesor Ferrer, manteníase erguido con arrogancia.

En el rostro, aún podían vérsele las terribles señales de su lucha con Fred. Las heridas le habían sido curadas, y ahora aparecían cubiertas por la transparente película del cicatrizante solidificado.

Rodeado por caras hostiles, ello no aparentaba afectarle en absoluto. En sus deformados labios esbozábase una sardónica y altanera sonrisa. Aparentaba ser, en lugar de un prisionero, un vencedor frente a los vencidos.

-En definitiva -resumía el profesor Ferrer en el momento en que Fred hacía su entrada en el laboratorio, junto con Nora-, ¿se niega usted a responder en absoluto?

Fred quedó situado junto al profesor. También su rostro mostraba las crueles señales de los brutales golpes recibidos, y también aparecía brillante y rígido por efecto del cicatrizante.

El profesor le preguntó con cariñoso interés, dejando a un lado el interrogatorio de Tarken:

-¿Todo bien, hijo? Te has portado admirablemente.

Al mirar Fred hacia O'Kerty, vio el gesto de inmenso desdén y desprecio que mostraba hacia él.

-¿Se niega a responder? -repitió el profesor, continuando el interrogatorio.

Ante el cerrado mutismo de O'Kerty, añadió:

-Ha dado usted muerte alevosa a dos hombres...

-A dos rebeldes -le interrumpió el acusado con tranquila entonación no exenta de altivez.

-Uno de ellos era un anciano indefenso -prosiguió el profesor sin hacer caso de la interrupción-. En cualquier otro lugar en que le hubieran descubierto, habría usted sido ejecutado inmediatamente. Solo queremos saber si envió los datos a la Tierra.

-Un momento -intervino Fred-. Si lo que deseas saber es eso, puedo asegurar que ya fueron emitidos. Este hombre -señaló hacia O'Kerty -así me lo comunicó cuando creía hallarse seguro. Se trata del Jefe Supremo de Investigación, Gregor O'Kerty.

Todos miraron a éste con nueva curiosidad. O'Kerty contrajo las mandíbulas y clavó en Fred una mirada plena de odio intenso.

-¡Cobarde! ¡Traidor! -le apostrofó- De nada te servirá tu repugnante traición.

-Se equivoca, O'Kerty -afirmó el profesor-. Lo que usted denomina traición ha servido para demostrar que mi hijo -pasó el brazo por los hombros de Fred- es digno de estar entre nosotros. Sí; es ya un ser humano con sentimientos. Las hienas del Consejo Mundial me lo arrebataron siendo niño, y ahora lo he recuperado para siempre.

-Muy interesante -opinó O'Kerty, sarcástico-. Pues, sépalo bien, señor rebelde, padre de un traidor; cuídelo bien durante el corto tiempo que !e queda de vida. Porque usted, como todos sus cómplices -giró la mano señalando a todos con rápido ademán-, serán ejecutados. Pero para su tierno vástago, el despreciable traidor que fue uno de mis hombres de confianza, tengo reservado algo que le hará desear no haber nacido.

-Sáquenlo -ordenó el profesor con energía-. Sáquenlo de aquí o no respondo de mis nervios. Es un pobre enfermo cerebral.

En el momento en que varios hombres procedían a conducir a O'Kerty, penetró en la habitación un joven con gesto demudado.

-Profesor -habló con precipitación-, los registros acusan la presencia de una numerosa flota en el pasillo de la Zona Negra. Una de sus formaciones se ha destacado penetrando en el Espacio Letal. Se dirigen hacia aquí, sin duda; mas lo hacen lentamente, como temiendo una sorpresa. Los magnetómetros no acusan radiaciones de uranita ni de *litanio X*. Van desprovistos de estos metales.

-¡La flota terrestre! -exclamó el profesor-. ¡Me lo temía! ¡Vienen en nuestra busca!

De unas zancadas, acercóse al pequeño estante adosado a la pared. Accionó en uno de sus salientes y, con chasquido metálico, el mueble giró, dejando al descubierto un hueco cuadrado.

Con manos febriles, el profesor recogió un .paquete de documentos que allí se encontraban ocultos.

-¡Pronto, Jan! -dijo con vivacidad y energía-. Salga inmediatamente con sus hombres y disponga lo necesario para dejar la nave a punto de partir. Y usted -ahora se dirigía al doctor Kindell, también presente-, viejo amigo, encárguese de esto -le tendió unos papeles-. No están todos, como ya sabe, pero...

Kindell recogió en silencio los documentos. Su rostro había adquirido de repente gran solemnidad.

-Parta para la colonia con un grupo y trate de organizarlo todo. De prisa. Nos veremos junto a la nave. ¡Es vital obrar con rapidez! Seguidme -dijo a Nora y Fred-. Y los demás, también.

El grupo siguió tras los pasos del profesor, en tanto que éste iba recogiendo algunas cosas.

Todos guardaban un respetuoso silencio, presintiendo que aquellos momentos eran precursores de una amenaza desconocida y temible.

Únicamente O'Kerty sonreía entre los hombres que le custodiaban. Y sus ojos tuvieron un brillo de sanguinaria complacencia al dirigirlos hacia Fred.

* * *

La gran explanada arenosa frente a la salida de la primera caverna, al final de la cañada, estaba iluminada por potentes proyectores de luz blanca cuando Fred llegó en unión de los demás.

Los instintos belicosos que le animaban mientras marchaba junto a Nora en seguimiento de su padre, quedaron anulados, olvidados, al desembocar en el claro.

Él esperaba que los hombres de Nova estuvieran organizando alguna precipitada defensa para oponerse al ataque de la Armada Interestelar Terrestre. Pero quedó defraudado al contemplar aquel cuadro.

La compuerta metálica que cerraba la caverna había sido abierta. Sobre la plataforma de lanzamiento se hallaba posada una nave espacial de enormes proporciones, a la que los proyectores arrancaban destellos plateados.

Era monstruosa; de mayores proporciones aún que las empleadas por la T.G. en sus naves de carga.

Un grupo de pilotos con trajes espaciales parecía custodiarla con Jan al frente de ellos.

Y ocupando toda la extensión arenosa, en un silencio conmovedor y absoluto, agrupábanse la totalidad de los habitantes de Colonia Nova. Tres, cuatro mil personas...

No se oía una voz, ni un susurro. Tan sólo las miradas henchidas de temor, plenas de siniestros presagios.

A la llegada del profesor Ferrer, hubo como un movimiento general

de expectación mal reprimida.

El profesor avanzó decididamente por la zona iluminada hasta quedar en el centro.

-Kindell, Wilson, Jan -llamó brevemente.

Le rodearon los tres hombres nombrados. Fred observaba todo aquello con sorpresa y curiosidad, sin saber exactamente la finalidad. Nora, prendida a su brazo, temblaba perceptiblemente.

-Jan -las palabras del profesor eran precisas, lacónicas, como hombre que valoraba la importancia de aquellos instantes-, ¿todo a punto?

-Todo, señor; la uranita ha sido transportada a la nave desde el depósito -su brazo se extendió indicando a lo lejos, hacia el lugar en que estaba enclavada la gruta más pequeña-. No faltará carburante.

-¿Provisiones?

-Las almacenadas en la nave y algunas más que hemos agregado. Alimentos sintéticos y deshidratados, armas...

-De acuerdo. Tenga el gráfico de vuelo -entregó a Jan un abultado paquete de papeles-. Las indicaciones son concretas y claras, sin temor a error. Son el producto de años de investigaciones. Hágase cargo de ellas. Usted ostentará el mando de la nave. ¡Desgraciado Dorio!... -se lamentó el profesor- ¿Los hombres de la dotación?

-Cinco, profesor. Seleccionados todos por el doctor Kindell.

-Bien; coloqúense en sus puestos. ¡Wilson!

Se le acercó un hombre corpulento, desconocido para Fred. Éste estaba realmente asombrado. Aquello parecía responder a unas maniobras preconcebidas y estudiadas de antemano.

-¿Dispuestos los jóvenes? -indagó el profesor.

-Un centenar, profesor -respondió el recién llegado-. El doctor Kindell ya los ha nombrado.

-Hágalos entrar en la nave. ¡Rápido!

Y entonces se dio cuenta Fred de algo en que no había reparado antes. Un numeroso grupo de niños y niñas hasta unos quince años, hallábanse reunidos silenciosamente, próximos a la nave espacial. Guardaban cierto orden conmovedor en sus filas, a pesar de que gran cantidad de hombres y mujeres, llorosos y en silencio, abrazábanlos constantemente prodigándoles tiernas caricias.

Wilson se dirigió hacia ellos, y a su voz, las infantiles huestes fueron penetrando en el interior del monstruo metálico.

El semblante del profesor Ferrer mostraba la firmeza e impenetrabilidad del granito. No obstante, sus ojos, fugazmente, denunciaban una inmensa, íntima desolación.

-Y ahora, Kindell -su voz tuvo un ligero desfallecimiento-, nombre a los que restan por embarcar.

En medio de un silencio sepulcral, elevóse la voz del doctor nombrando a personas que iban quedando agrupadas junto a la nave. Tanto los que iban siendo nombrados como los restantes mostraban claros indicios de su gran consternación. Hasta el momento, todas las nombradas habían sido mujeres.

Aquello intrigaba profundamente a Fred. Preguntó a Nora, con un susurro de voz:

-¿Qué pretenden con todo esto?

Ella le miró en silencio, con las pupilas anegadas en lágrimas. No respondió, mas su brazo asió al de Fred aún más fuertemente que lo estaba.

Continuaba el doctor Kindell pronunciando nombres femeninos:

-Susan Cliff... Paula Vicenti... Nora Wanda...

¡Nora Wanda! Ella se estremeció violentamente y Fred notó el estremecimiento en el brazo prendido al suyo.

-¡No! -gimió Nora angustiadamente- Profesor, yo...

-Nora, obedece -ordenó el profesor Ferrer con voz fría, impersonal.

Ella estrechóse firmemente a Fred. El profesor se aproximó y la desprendió con cierta ternura.

-Vamos, Nora; es preciso. Tú lo sabes.

Ella, en un impulso irreprimible, se abrazó al cuello de Fred y lo besó ardiente, con pasión, en los labios.

-¡Te amo, Julio! -hablaba apasionadamente- ¡Te amaré siempre, querido!

Se alejó llorosa, volviendo repetidamente sus miradas hacia Fred, que salía de una sorpresa para entrar en otra mayor.

-¿Por qué...? -intentó preguntar, con mirada atónita.

-No es momento de preguntas. Ya lo sabrás -se le adelantó su padre, alejándose unos pasos.

Las mujeres nombradas iban entrando, como antes lo hicieran los jóvenes, por la compuerta de la nave.

Cuando todas hubieron desaparecido en el interior, el doctor Kindell comenzó a nombrar de nuevo. Ahora correspondió a los hombres, y éstos, sin dilación, ascendían rápidamente la escala metálica de acceso a la nave.

-Profesor Muller... Ingeniero Arce... Profesor Ferrer...

Al llegarle el turno, el profesor dijo lacónicamente :

-Continúe, Kindell.

Y permaneció inmóvil en su puesto. Kindell reprimió un ligero sobresalto, pero continuó nombrando.

Finalizada la lista, aproximóse al profesor.

-Queda usted solamente...

Éste le colocó una mano en el hombro. Sus labios se entreabrieron en una triste sonrisa. Hizo después una señal a Fred para que se acercara.

-Óigame, Kindell, viejo amigo -le dijo con voz conmovida-. Éste es mi hijo. Lo he hallado tras largos sufrimientos y cuando no me quedaban esperanzas. ¿Qué haría usted en mi lugar?

Kindell quedó mudo de asombro ante la pregunta. Al fin, pudo reaccionar.

-Pero, profesor... -comenzó a decir.

-Sí -le interrumpió éste-; sé lo que va a decirme. Que soy necesario. ¡Bah! No lo crea, querido amigo. Hay un mundo virgen para ellos. Serán los avanzados de una nueva civilización. Falta todavía una cosa -agregó, cambiando de tono.

-¿Cuál?

-Saber por usted si, en efecto, mi hijo, Julio Ferrer, reúne las condiciones de salud exigidas a todos los que marcharán. Deseo que ocupe mi puesto en la nave.

-Las reúne -admitió Kindell resignadamente-. El análisis genético así lo ha demostrado.

¦-Entonces, ¿no existe ningún impedimento?

-Admitiendo eso, profesor... Un hombre más en la nave no influiría...

-No, amigo. Gracias, de todas maneras. Pero ¿qué pensarían de mí los que se ven forzados a permanecer en Nova? No trate de convencerme, Kindell. Me quedaré con ellos.

Volviéndose a Fred lo abrazó fuertemente.

-Entra en la nave, hijo. Y que Dios te acompañe -le deseó con voz estrangulada por la emoción.

Fred vio los ojos de su padre inundados por las lágrimas, y entonces creyó llegado el momento de preguntar.

-Pero, ¿qué significa todo esto? ¿Por qué he de marchar?

-Nora te lo explicará, Julio. Y Jan también podrá hacerlo. Estamos amenazados de ser exterminados por la Armada Terrestre. Previendo este instante fatal, realizamos investigaciones. Sabemos la ruta de un mundo ignorado que reúne condiciones de vida para los humanos...

La congoja le impidió seguir hablando. Lo hizo Kindell con rápidas palabras:

-Seleccionamos hombres, mujeres y niños tras un profundo análisis genético. Una generación sana y fuerte. Los proyectos eran construir naves para todos y reunir carburante suficiente. No ha sido posible finalizarlo...

-¡No! -gritó Fred, rebelándose al comprender- ¡No lo haré! ¡Has de marchar tú, padre! Yo quedaré en Nova.

-Todos seremos aniquilados -pronosticó Kindell.

-¡No importa! ¡No marcharé!

Hizo una seña al profesor Ferrer, y cuatro hombres cogieron de improviso a Fred arrastrándole a viva fuerza hacia la nave.

No le sirvieron sus violentos forcejeos. Lo introdujeron en ella, y allí fue recogido por otros hombres del interior.

Al quedar la compuerta metálica cerrada, el profesor dio un profundo suspiro.

Recogió de manos de Kindell el pequeño emisor-receptor que le pondría en comunicación con el interior de la nave, y preguntó con voz alterada:

-¿Preparados, Jan?

Todos pudieron oír la emocionada voz del piloto a través del aparato:

-Preparado, profesor... -la voz se quebró en un sollozo- ¡Suerte para todos!

Un potente reflejo azul deslumbró a los presentes. El titán espacial levantó una nube de arena que brilló como nácar pulverizado al resplandor de los proyectores. Y con agudo silbido, ascendió recta la nave, como una saeta milagrosa, hacia las insondables profundidades del espacio.

Apenas habían transcurrido unos segundos, cuando el grupo de personas que contemplaban el lejano puntito luminoso, fueron estremecidas por un horrísono estampido que resonó con el sordo fragor de un terremoto.

¡Cohetes dirigidos! -exclamó el profesor sin asomo de temor- La Armada Terrestre comienza su obra a distancia. No han tenido en cuenta a los hombres que enviaron para investigar. Los sacrifican a su maldad. Pero llegan tarde...

Y el doctor Kindell, silencioso, asintió con la cabeza, viendo la intensa luz de felicidad que inundaba la faz del profesor Ferrer.

Como una confirmación a aquellas palabras, el aire fue estremecido por horrendos estallidos, producidos por la explosión de los potentes cohetes enviados por las naves terrestres en su misión siniestra y exterminadora.

EPÍLOGO

Con el rostro pegado a la plancha oval transparente, Fred crispaba los puños con desesperación infinita, queriendo descubrir en las tinieblas el invisible planetoide de donde habían salido.

-¡No! ¡No puedo dejarle! ¡No puedo! -gritaba con voz enronquecida.

Nora y otro hombre trataban de calmarlo. Se hallaban en la amplia cabina de mandos. Jan estaba sentado frente a los cuadros de dirección.

-Cálmate, Julio -le recomendaba Nora-. Él es feliz con haberlo hecho así. Su bondadoso corazón estará inundado de gozo.

Lejanísimo, como una estrella que destellara más fuertemente, un vivo reflejo brilló fugaz y repetidamente.

-¡Malditos! -murmuró Jan con rabia- ¡Están destruyéndolos!

-¡Padre! -gritó Fred, abalanzándose al transparente y golpeándolo con los puños basta hacerse daño- ¡Los exterminarán! ¡Dios Santo! ¡Y no puedo hacer nada...! -clamó desanimadamente- ¡Nada!

Y prorrumpió en sordos sollozos que hicieron resbalar lágrimas por sus mejillas. Por primera vez en su vida lloraba siendo hombre.

Nora trató de enjugarlas.

-¡Oh, querido! -le dijo con dulzura. Ella también estaba muy apenada.

-Déjale que llore, Nora -recomendó Jan, emocionado-. Son lágrimas de sentimiento. Y a veces conviene que los hombres gusten su amargo sabor.

Fijó la dirección y procedió a extender el gráfico de itinerario en la pantalla frente a él.

En el espacio infinito, la nave se adentraba por la ignorada ruta cuya meta era un mundo.

Un mundo desconocido, maravilloso y esperanzador, que parecía señalarles el espíritu del profesor Ferrer y de aquellos otros seres sacrificados en Colonia Nova.

ÍNDICE